

## AYUDEMOS AL CAMPO<sup>74</sup>

Los viejos agraristas no olvidamos el campo ni las cosas del campo. Con él nos unen vínculos morales e históricos que nos es imposible romper.

Y ya que los agraristas de la postrera hora, nada o bien poco de positivo han sabido hacer en favor del labriego, a los viejos amigos de éste tocamos de tiempo en tiempo volver a la carga, reafirmar nuestro compromiso y nuestro empeño.

Ayudemos al campesino, debe ser nuestro lema; pero ayudémoslo de verdad.

Por eso cuando los campesinos de la región de La Barca, representados por su líder, o mejor dicho por su amigo, Lauro G. Caloca, me exhortan a que salga a su defensa, lo hago con todo el impulso de mi corazón.

En el campo radica la fuerza, la salud y la vida. En él los siglos han ido acumulando las reservas de energía de la Patria. Cuando las ciudades se corrompen o amenazan desplomarse, el campo les envía sus salvaguardias de salvación. No una sino varias veces lo hemos visto en nuestra historia. La primera en 1810, con el Padre Hidalgo y el gran Morelos al frente. La última en 1910 y en 1914, cuando la Revolución, pura aún, no lacrada ni mancillada, arrojó del santuario nacional a los “científicos”, que después han tenido —no he de ser quien lo niegue— tantos y tantos imitadores.

Hasta la médula se han ido corrompiendo algunos sectores de nuestras ciudades. Salvemos éstas, a través del campo y por el campo. Que les lleguen de vez en cuando, las auras de la campiña.

Las ciudades —me escribe Caloca con significativa hipérbole en elocuente y conmovedora carta—, las ciudades no tienen remedio.

“Viven de mentiras; para ellas la realidad es el cine, el radio, el cabaret, la tertulia, lajuerga. San Agustín decía: felices los que se cansan, porque descansan. En las ciudades las gentes no se cansan: se fastidian —cosa muy distinta del

<sup>74</sup> *El Universal*, 31 de enero de 1945.

cansancio—. El cansancio es el producto de un esfuerzo continuado sobre la tierra, sobre el agua, sobre la montaña...”

En cierto sentido tiene razón Caloca. Entre las cosas que pasan en las ciudades, hay algunas que decepcionan, irritan, desesperan o hastían. “Los temas de las ciudades deprimen.” Hay que volver los ojos al campo, a nuestros robustos rancheros, esperanza y promesa de un México mejor... A esos rancheros que cuando la Patria, asolada por líderes, caudillejos y politicastos, no les ofrece sino perspectivas de miseria, sacan de su virilidad energías suficientes para ir a tierras extrañas a obtener, a base de heroísmo, los recursos que más tarde les permitan engrandecer su hogar, dignificar y fecundar el suelo que los vio nacer.

Ayudemos, los hombres de la ciudad a esos heroicos luchadores del terruño; ayudémoslos a construir, a edificar ese espléndido futuro con que ellos y nosotros soñamos.

¿Qué piden, qué necesitan para ello? Bien poco; dado lo mucho que merecen.

Piden ayuda para pequeñas obras de irrigación, para bordos, para pozos, para bombas de extracción. Piden, ante todo, carreteras; no esas magníficas y costosas carreteras troncales, muy útiles sin duda, pero insuficientes por sí solas, sino esas mucho más modestas carreteras de penetración que son como arterias que llevan la vida a extensas zonas agrícolas, comunicándolas directamente con los más importantes centros de consumo, sin los cuales nada o bien poco puede el productor.

Los campesinos de la pródiga región de La Barca y de sus alrededores, piden con insistencia un buen camino que los ponga en rápida y fácil comunicación con Guadalajara, la rica y populosa urbe. En las tres Huastecas, en la veracruzana, en la potosina, en la hidalguense están esperando ansiosamente caminos y más caminos, que al atravesarlas en todas direcciones, permitan la utilización y la distribución por vastas zonas de los productos en que portentosamente abunda.

El gobernante que tales cosas realice, merecerá bien de la Patria.

Fiel intérprete de los agricultores pequeños y medianos, de su región —que abarca las riquísimas tierras de Chapala—, el intrépido Caloca, lanza su exhortación vehemente.

“Centenares de ejidos se hallan, por falta de carreteras de penetración, reducidos al fracaso. ¿Qué hacen con sus productos si no pueden llevarlos a los mercados de consumo?... Hay un pueblito, a la orilla del Lago de Chapala, que produce legumbres estupendas, un jitomate de regalo y verdura al por mayor. Sus vecinos

son gente de empuje y de trabajo, pero por falta de un buen camino, se quedan con sus productos...”

Demos salida y órganos de expresión a esas ansias de los hombres del surco, que por siglos nos han dado, a los de la ciudad, el sustento, y en los que mañana se ha de fincar la grandeza de la República.

Alvaro Obregón decía que al firmar con la mano izquierda un acuerdo presidencial concediendo ejidos a un pueblo, su otro brazo, el derecho, el tronchado por la metralla, se estremecía de emoción. Que surja el hombre de gobierno que pueda decir y hacer otro tanto. Que cada vez que inaugure o estrene una de esas carreteras que él sabe han de difundir alegría y bienestar, entusiasmo y aliento en miles y miles de hogares, tenga la justa satisfacción, superior a cualquiera otra, de sentir, de saber, que no sólo su alma, sino otras mil con la suya, palpitan de entusiasmo, y que su conciencia de hombre y de gobernante, le otorga justiciera, su cálida aprobación.

## VALORES QUE DEBIERAN PERDURAR<sup>75</sup>

Entre los valores transmitidos por la Colonia que debieran perdurar, figuran: en primer término, las virtudes que a la mujer mexicana adornaron en la época colonial, y enseguida, las varoniles y recias cualidades del ranchero, tal como la Colonia lo forjó.

La mujer de entonces —cuyas cualidades subsisten en muchos santos hogares de México— esa mujer, poderosa por la fe, por la piedad y por la abnegación, dejaba a las puertas del hogar todo egoísmo, al darse un hombre por esposa.

Desde ese instante la mujer mexicana fundía su personalidad en la de su marido, para no ser los dos sino un solo ser, un solo espíritu, una sola carne —dos carnes y dos almas en una.

Las atracciones de la vanidad y las solitaciones del placer —de esa serie de sanas diversiones y de placeres son éstos que formaban la trama de la vida para una joven de entonces— quedaban para siempre suprimidas quedaban reducidas en el pasado. La mujer, la esposa empezaba a vivir para su hogar y sólo para él. Desde ese día, desde el día del matrimonio, la mujer prescindía de todo lo que estorbase o pusiese en peligro la plenitud, la pureza y la honestidad de la vida hogareña.

Se entregaba la mujer a su esposa casta pero integralmente, en cuerpo y en alma. De allí en adelante todo su afán, todo su empeño habría de consistir en agradar a su marido, en ayudarlo y en sostenerlo para la realización de la obra común: el sostenimiento de un hogar venturoso que a los hijos sirviesen de espejo, de consuelo, de orgullo, de refugio y de amoroso estímulo para el bien obrar.

Ningún sacrificio escatimaba para ello la esposa y la madre.

¿Era preciso pasar en momentos, en cortas o largas temporadas, por todo género de privaciones? Para ello estaba siempre pronta.

<sup>75</sup> *El Universal*, 14 de febrero de 1945.

¿Se necesitaba economizar, prescindir de cosas agradables, de cosas superfluas o de artículos de vanidad o adorno? Nadie como ella para hacer prodigios de buena ama de casa, para hacer lucir y rendir, los escasos recursos, para ayudar al esposo a sacar a flote la nave del hogar, amenazada de hundimiento por la penuria.

¿Hacía falta consumir la salud, sacrificar el sueño y el reposo, para atender al marido o al hijo enfermo? Para la mujer mexicana ha sido siempre eso cosa llevadera, sacrificio que se hace con espontaneidad, como algo natural y que el corazón sin discutir acepta.

¿Se conducía mal el esposo, faltaba a sus deberes, se veía atraído por pasiones que de momento lo apartaba de su hogar? Había que esperar, con cristiana paciencia, la regeneración, el arrepentimiento, el retorno.

Los brazos y el corazón de la mujer estaban siempre abiertos para la reconciliación. Extravíos y escapatorias serían, sin reserva, perdonados; un velo se arrojaría sobre los pasados incidentes, turbios o borrascosos. ¡Es tan grande la dádiva del perdón!

Lo importante era y es, para la mujer amante de su hogar, salvar el tesoro de la paz doméstica, devolver a los hijos la tranquilidad, conducir a buen puerto la nave de la familia.

Se sabía entonces, y jamás se olvidaba, que el vínculo conyugal era irrompible. Había que apretarlo en vez de deshacerlo.

Ser la fiel y abnegada compañera, dispuesta a sufrirlo todo, con tal de cumplir el deber de ayudar al esposo a sobrellevar las cargas de la vida: tal era la misión que se trazaba, dispuesta siempre a cumplirla, la heroica mujer, orgullo y presea del hogar patrio.

En la vida de esas mujeres, que fueron nuestras abuelas y nuestras madres, contempló la Colonia, contempló el México independiente, el diario espectáculo de las más altas virtudes. Allí se incubó la grandeza de la raza. De allí salieron nuestros héroes y nuestros apóstoles.

Ese tipo de mujer —para dicha nuestra— subsiste aún en el rincón de la provincia, en la plácida quietud de los campos, en el refugio altivo de nuestras montañas, a donde no llegan las emanaciones ni las miserias de la gran urbe. En esta última, sin embargo, el hogar se defiende todavía —si bien no siempre con éxito— contra el ambiente malsano, contra las nuevas costumbres, cada día más contagiosas. Allí es donde el “snobismo” causa estragos. Penoso es, pero preciso, confesarlo.

En vigoroso contraste con el tipo de latifundista feudal, ocioso y frívolo, disoluto o apático, inútil y vano, a quien el ausentismo aleja de sus vastos

dominios, se destaca en la Colonia otro elemento social con características del todo diversas.

Ranchero se le llama, y con orgullo acepta y lleva ese título, esa denominación, pues es el hombre consagrado a su rancho, a su heredad modesto que no cambia por el mejor palacio de la ciudad más ostentosa.

Opuesto en lo absoluto al tipo del hombre agotado o ensombrecido por la urbe, el ranchero representa la acumulación de las más altas y nobles energías de la raza.

Dispuesto siempre a desafiar todas las inclemencias de la naturaleza, por hostil que ella sea, acostumbrado a arrostrar todos los peligros y a vencer las más recias dificultades; sereno y valiente, gran amigo y en su enemistad temible, generoso con los débiles y los necesitados, altivo con los soberbios, incapaz de arredrarse o de sufrir en silencio humillaciones; atento siempre al cuidado de su hogar y a la defensa de su honor; incansable en el trabajo, magnífico jinete, enamorado perenne de la aventura y del riesgo, pronto a sucumbir por una dama o a dar su vida por la Patria, el ranchero fue desde entonces —desde los orígenes de la Colonia—, y ha sido siempre, el máximo representativo de la virilidad de la raza.

Labrador admirable, animoso y constante, no se desanima por los reveses de una mala cosecha, de una sequía pertinaz, de prematuras heladas o de destructoras inundaciones o aniegos. Después de cada fracaso o de una serie de fracasos, vuelve a la labor, torna al esfuerzo con indómita perseverancia, con fe que nunca falla.

Es ese tipo de hombre cabal el más espléndido fruto de la Colonia. Es el charro mexicano, levantado, rebelde, orgulloso de sí mismo, intrépido defensor de la Patria.

Junto a esos labradores de raza, junto a esos campiranos fieles al surco, descollaron también los bravos y hazañosos ganaderos y apareció igualmente ese tipo especial, peculiarísimo, representado por el propietario de “recuas”, el conductor de “atajos”, el hombre dedicado, como empresario, al rudo ejercicio de la arriería.

Varones de verdad estos últimos, resueltos a todo, valientes hasta la temeridad, con músculos de acero y alma de héroes; raza esforzada de donde han surgido muchos de nuestros más preclaros caudillos, de nuestros más auténticos prohombres.

Desde la época colonial, esos hombres acostumbraban recorrer el país de extremo a extremo, “de puerto a puerto”, como en aquella época se decía, y desde entonces prestaron al comercio y al abastecimiento de las poblaciones los más valiosos servicios.

Campiranos, charros, ganaderos y amieros han honrado y honrarán siempre a la nueva raza, a la espléndida raza salida del mestizaje, que está llamada a tan altos destinos.

En el pasado dieron ellos los más numerosos contingentes de bravos luchadores para la defensa de la autonomía nacional y para la salvaguardia de los derechos del pueblo. En el futuro ellos han de ser los creadores de pujante agricultura que sirva de base incommovible al progreso económico y espiritual, moral y cívico, de la fuerte nacionalidad mexicana.

## LOS INTELECTUALES Y LA CRISIS MORAL<sup>76</sup>

México ha escuchado en los últimos meses dos grandes discursos: el del licenciado Padilla en la inauguración de la Conferencia Internacional del Chapultepec; y el de don Jaime Torres Bodet, con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana Correspondiente a la Española.

Además de la belleza de este último discurso, hay que admirar su precisión y su profundidad. No sigue los caminos trillados, no repite los lugares comunes de nuestros ideólogos, sempiternos enamorados de lo nebuloso y de lo abstracto, ni incurre tampoco en la vulgaridad de querer explicarlo y arreglarlo todo con la técnica, con “la revolución industrial” y con novísimas y deleznales estructuras y transformaciones económicas.

No; el discurso de Torres Bodet es humano, profundamente y esencialmente humano. En vez de cometer el crimen de subordinar el hombre a la técnica, a la ciencia y a lo económico, eleva al hombre sobre lo puramente instrumental y pone esto —ciencia, técnica, industria y economía— al servicio del hombre.

El problema candente de nuestro tiempo —exclama él— es la crisis moral. Y en seguida recalca: esa crisis constituye, desde hace muchos años, algo mucho más alarmante que la crisis económica y que la misma pavorosa crisis bélica. Esta dos últimas son, en el fondo, consecuencias o derivaciones de la primera.

El mérito principal de la pieza oratoria de Torres Bodet, radica en su valentía para plantear así la cuestión, y en no detenerse en eso, como pudo hacerlo, si no en decidirse a acusar o a señalar a los responsables.

La responsabilidad recae sobre todos —grandes y pequeños, sabios e ignorantes—, pero sería pecar de cobardía y ceguera no reconocer que, entre todos, los más responsables son los intelectuales ya que muchos de ellos incurrieron en la culpa gravísima, que Torres Bodet subraya, de renunciar por egoísmo a la misión de orientadores.

<sup>76</sup> *El Universal*, 18 de abril de 1945.



Los intelectuales se encerraron en su torre de marfil, eludieron el servir a los demás, se apartaron de la vida, se dedicaron a la abstracción y a las teóricas y estériles elucubraciones, “a jugar con la metáfora”, a cultivar una literatura amoral y decadente, por obra de ellos sobrevino, en forma dolorosa y terrible “el divorcio entre la vida y la inteligencia, entre la política y la cultura”. Y algo todavía peor: el divorcio entre la inteligencia y la moral.

Muchos literatos y muchos intelectuales se consideraron desligados de toda norma. “Antes que los caracteres, la virtud, la pasión creadora, la entereza y la viril elegancia de la conducta huyeron de las páginas de los libros.” Fue moda literaria de la de “copiar los retratos bajos y los perfiles ignominiosos”. Se llegó a proclamar “como único realismo, la eliminación de todos los ideales”.

Las masas, privadas así de genuinos y honestos orientadores, se precipitaron por esa misma pendiente de amoralidad. Se entregaron, lamentablemente, en manos de “los simuladores —seudo filósofos y seudo artistas— que transformaron pronto la ciencia pura en artera táctica de agresión, el talento en habilidad y el arte y el pensamiento en sistemas desenfrenados de propaganda”.

Se proclamaron solo derechos y se olvidó el valor intrínseco, imprescindible del deber. Se le quitó a la vida su verdadero significado: “el cumplimiento de una misión”.

Contra esas mutilaciones, contra esas transgresiones, se levanta la protesta de Torres Bodet. Hay que devolver a la vida y a la cultura su sentido integral, hay que hacer servir a la inteligencia para la realización del bien. A las Cartas Políticas y Económicas hay que hacer la adición de otra Carta Fundamental: la de los valores del espíritu,

“aquellas en cuyas cláusulas se establezca el orden de los postulados morales de la conducta, aquella en la cual, para convivir, todas las razas y todos los Continentes, se pongan por fin de acuerdo sobre los propósitos de una unión que sería a lo sumo, precaria alianza de intereses políticos regionales, si no consiguiéramos sustentarla sobre una alianza suprema sobre el espíritu”.

“O para decirlo con términos diferentes: no se libera tan solo al hombre afianzándolo en el uso de sus derechos. Se le libera —y acaso con mayor precisión— colocándolo por encima de la esclavitud oprobiosa de sus instintos y haciéndole comprender sus obligaciones para consigo, para sus iguales, para con la Patria y para con toda la humanidad.”

Estas orientaciones de suprema claridad las entiendo y debo tomarlas como otras tantas advertencias para nuestros educadores.

Deben ellos comprender que la educación, para no ser nociva, tiene que abarcar la inteligencia y el alma, la mente y la voluntad, las facultades reflexivas, las volitivas y las sentimentales. Debe hablar al corazón y no sólo al cerebro.

La instrucción por sí sola no basta —se ha repetido hasta el cansancio. Y sin embargo, se sigue incurriendo, de hecho, en el eterno error: se instruye solamente, pero no se educa.

Se olvida si que no son los hombres puramente calculadores y reflexivos, no son sólo los sabios y los técnicos los que hacen falta. Lo que se necesita, ante todo, son hombres dotados de fuerte y sana moralidad.

Dos pensadores eminentísimos, dos hombre geniales lo decían ya desde la lejanía de los tiempos, como si previeran, como si atisbaran el espantoso derrumbe que hoy nos aterra y nos aplasta.

Goethe, el incomparable, sostenía con firmeza de vidente: “Todo lo que hace libre nuestro ánimo, sin darnos el dominio de nuestro carácter, es pernicioso. La cultura puede hacer seres más brutos, y sobre todo más peligrosos, que el primitivo estado de naturaleza”.

Y Montesquieu, el pensador eximio, precisaba:

“La ciencia sin religión sólo da ingenio, finura, astucia; pero esto duplica la potencia y la superioridad del hombre para el más, si se le da una falsa dirección. Semejante ciencia, sin la moral, no sería apta sino para formar falsarios, revoltosos, enemigos de la ley. CONVIERTESE ENTONCES LA CULTURA EN UNA ARMA QUE EL EDUCANDO PUEDE ESGRIMIR CONTRA LA SOCIEDAD. Téngase entendido que, con la ciencia sin religión, sólo se tendrán seres viciosos, de una corrupción, esto sí, circumspecta y velada; delincuentes de buen tono y de agradable trato. No es la aritmética, no es el álgebra, no es la sintaxis, ni el dibujo, ni la geografía, ni la moral: estos conocimientos adoman y enriquecen al entendimiento y la memoria; pero no pasan de allí. Sólo la religión es el código regulador de la vida; sólo ella vuelve a los hombres prácticamente morales, haciéndolos mejores.”

## PUNTOS DE VISTA DE LA JUVENTUD<sup>77</sup>

No es la primera vez que subrayamos el hecho bien significativo, de que la juventud viene realizando de algún tiempo a esta parte y siempre con mayor relieve, intencionados actos de presencia en el campo de las actividades ideológicas, políticas y sociales, en las que quiere ya, desde ahora, participar.

En esta vez no se trata sólo de simples manifiestos, artículos periodísticos o tesis profesionales. Hoy es un libro en forma, con amplísimo y sustancioso contenido, el que presentan, como ariete para abrirse paso, dos jóvenes mexicanos, dignos representantes de las ansias y anhelos de su generación.

El libro se llama “La Revolución Inminente”, y sus autores son Alberto Reyes López y José Luis Noriega.

Al hablar de una revolución por ellos considerada como inminente, no se refieren —claro está— a una vulgar y burda revolución armada que viniera a empeorar las cosas, sino a una honda y salvadora revolución espiritual y económica, reformadora de las almas en lo íntimo y de las estructuras sociales en lo externo; casi diríamos, a una vigorosa y bien conducida evolución que, al transformar los espíritus, abriese el camino a la reforma de las realidades.

Para tener éxito en labor de tal excelsitud, urge ante todo —según ellos— que la juventud esté y permanezca unida.

Crean dichos jóvenes, con generoso optimismo, que así sucederá.

A los jóvenes no los divide ni puede dividirlos el pasado. Este no es para ellos un lastre, ni motivo de cismas.

“Las revoluciones pasadas son hechos históricos, es decir, ejemplos, y nada más. Los hombres de esta generación así debemos verlas y considerarlas: como experiencia nuestra, propia, como fecunda herencia del pasado. Deben estimularnos y guiarnos en el presente y sobre todo en el futuro; pero de ningún modo dividirnos.”

77 *El Universal*, 23 de mayo de 1945.

## Más claro aún:

“Ya no pueden dividir a la juventud las especulaciones que nuestro mayores hacían sobre el Liberalismo y Reforma, Hidalgo e Iturbide, República e Imperio, Revolución y Dictadura, y aun más, ya no han de ser motivo de discusión, y en las nuevas generaciones, los grupos en que se multiplicó la Revolución de 10, significados en sus diferentes caudillos... Estos hechos pertenecen a un pasado que no negamos ni rechazamos; a un pasado que nos apasiona y que aceptamos como fue y con los que fueron, como fecunda tradición del presente, pero sobre todo del futuro.”

En nombre de este último piden los jóvenes algo que supere a lo que fue y a lo que es; ya que ellos sólo pueden ver en las revoluciones pretéritas, “grandes pasos, gigantescos, pero inciertos saltos, hacia un futuro mejor”.  
Y, ¿cómo podrían estar ellos satisfechos con la realidad presente?

“¿Cómo podría satisfacernos —exclaman— la situación moral, social, económica y política en que vivimos?

”¿Cómo habían de satisfacernos la doctrina de la fuerza, la anarquía económica la plutocracia inhumana, el estado comerciante, industrial, monopolista y absorbente que va en camino de ser el nuestro?

”El régimen de “mordida” y corrupción que prevalece la inmoralidad que priva en nuestra vida social y política, ¿cómo pueden satisfacernos?

”¿Y cómo el descenso de los valores humanos, el predominio de los goces materiales sobre las virtudes... cómo la miseria moral y material que señorea nuestra vida toda?

”No estamos satisfechos. Nadie está satisfecho del presente.”

Menos mal si ese pavoroso cúmulo de actos, reveladores todos de la más profunda descomposición social, no tuviese trascendencia. Pero, por ley fatal de solidaridad y de contagio, esos factores siniestros obran con una intensidad y con una fuerza de repercusión que aterrorizan, sobre las generaciones que siguen, sobre la gente joven que dentro de semejante atmósfera se agita y desenvuelve.

“El hombre joven que llega a la edad de las decisiones, de la práctica de la voluntad y de la ética; a la edad de las realizaciones de sueños, esperanzas e ideales, en él anidados tantos años, se encuentra con un mundo adverso en que todos aprovechan su inexperiencia, explotan su bondad y trafican con sus convicciones.

“Si es en la sociedad el hombre joven encuentra generalmente hechos escandalosos y proyectos inicuos, aunados a un afán de goce y de placer que bien puede parecer el fin real de los individuos.

“Hacer dinero cueste lo que cueste, gozar de la vida lo mejor que se pueda no tener en cuenta las normas éticas que vedan la deslealtad, el soborno y los actos punibles, tal es la filosofía actual de nuestra sociedad.

“Si en las esferas industriales, comerciales, bancarias, encontrará operaciones fraudulentas, usuras simuladas, agiotajes y opresión y explotación de trabajadores y obreros.

“Y si es en el terreno político, sabrá de traiciones, de usurpación, de “mordidas”, de fantásticos negocios a través de influyentes y compadres de imposiciones y de cotizaciones de convicciones al mejor postor...”

Yo no conozco queja más fundada, reclamación más justa, que esta que hace nuestra juventud, por boca de quienes así, con esa fidelidad, traducen sus inquietudes, expresan y desahogan sus angustias.

No es de extrañar que al imperar en el resto del mundo condiciones análogas, en desconocimiento de las más imperativas normas de la moral y la justicia haya arrastrado a los pueblos a una situación catastrófica.

En esa inversión de valores que, deprimiendo los fueros del espíritu ha hecho prevalecer las brutales inclinaciones del “ciego instinto primitivo”, hay que buscar una de las causas más profundas de la guerra que tramontamos.

“Del falso concepto del hombre, del olvido de su origen de su destino y misión sobre la tierra, emanan todas las doctrinas y filosofías que han hecho crisis, sin que ninguna tenga totalmente la razón.”

Preciso es que todo esto cambie: que se haga justicia y se rinda homenaje al hombre a la plenitud de su ser, que se dé satisfacción plena a las necesidades de su cuerpo, pero también y sobre todo a las de su alma, que no se le mutilen, que se reforme las estructuras políticas y sociales de tal suerte, que “los bienes del espíritu sean más honrosos y codiciados que los de la materia”.

En el orden, más alto y puro, a que la revolución espiritual conduzca, “el sacrificio, la generosidad, el altruismo, la belleza moral, la verdad y el bien merecerán el aprecio general más que el bienestar excesivo, la hermosura física, lo intrascendente y lo ficticio”.

“La fuerza, entonces, no preponderará más sobre el derecho ni la sensibilidad sobre la razón. Y como en la época actual estos valores están invertidos, urge

una revolución que los coloque en el lugar que les corresponde, para que las relaciones humanas tengan una base más justa, más comprensiva y más humana.”

Así piensan los talentosos jóvenes Reyes López y Noriega.

Por mi parte me aventuro a decir, todo eso esta muy bien, nobilísimos son esos ideales. Pero para darles cima hace falta algo: CREAR UNA NUEVA GENERACION, distinta de la actual en muchos y hondos aspectos; una generación capaz de sentir esos ideales y por ellos sacrificarse.

No hay que poner el vino nuevo en odres viejos.

Lo mismo digo respecto de la solución cooperativista que para la cuestión económica ellos se encuentran. Muy alto y nobles el cooperativismo, pero antes de formar las cooperativas, hay que crear el espíritu de fraternidad, de ayuda mutua y de cooperación.

Del éxito de la revolución espiritual, ha de depender el de la solución material y económica.

## ESCENAS QUE INVITAN A PENSAR<sup>78</sup>

Cosas que sólo la mujer, con su alma pronta a percibir y hacer suyo el dolor ajeno, esta en aptitud, intuitivamente, de captar; nos las pone a la vista la ágil escritora Magda Mabarak, en artículo que publica “Ideas”, la modesta revista de las mujeres de México.

Con pincel de extraordinaria precisión, traza ella y describe escenas y amarguras que con sentido hondamente humano supo ella anotar, en reciente visita a la cercana población de Ixtapan de la Sal.

“Ixtapan —empiezan por decirnos— es un poblado de gente que vive como vivieron sus ancestros hace trescientos años.”

¡Gravísima verdad! Como Ixtapan hay en la República miles de poblados en que no ha entrado el progreso, en que ninguna obra de mejoramiento efectivo han realizado ni el México Independiente, con su siglo y medio de vida, ni tampoco la Revolución en su ya largo dominio de casi treinta y cinco años.

Se están construyendo allí en Ixtapan, nuevas albercas, nuevas y elegantes piscinas, para recreo y alivio de la gente acomodada. Los hombres del pueblo, entre tanto, ofrecen la contribución de sus músculos y de su esfuerzo para la construcción de esas obras. Trabajan en ellas con la estoicidad de la raza.

“En la construcción de las nuevas piscinas de los baños es un hervidero todo el día. Rompen el monte, apisonan tierra, hacen desaparecer la maleza, forman escalones de piedra y de concreto... Una multitud de aborígenes hormiguean en la obra. Trabajan sin descanso, bajo la mirada hosca y el rezongo exigente de un viejo nativo, que apura sin cesar. Corren con la carretilla de piedras picadas, viejos, mozos y niños... Ellos no saben leer ni escribir. Los niños de 11 a 15 años trabajan al ritmo de los grandes, y los que tiene que partir piedra para la obra lo hacen sin ninguna protección para los ojos, de modo que si un accidente

<sup>78</sup> *El Universal*, 26 de septiembre de 1945.

desgraciado hace que caiga en ellos un fragmento se quedan ciegos y se acabó el asunto...”

¡Todo se acabó! Una nueva víctima, y el mundo sigue rodando. La justicia no es cosa de aquí abajo...

Ni una diversión, por supuesto; ninguna expansión, ningún recreo; ni una banda de música que los domingos siquiera halague el oído de esos hombres.

Su revancha, su desquite, la única derivación para sus penas está en el alcohol.

“Los hombres beben en silencio acumulados, sentados en piedras a los lados de las puertas de las tiendas donde les venden esos deliciosos vinos de frutas con que se embriagan. Allí... oyen fervorosos la música de las radiolas.”

Es lo único que hay en Ixtapan: radiolas, una en cada tienda, en cada fonda, en cada cantina.

¿Y qué nociones, qué ecos, qué cantos les llevan esas radiolas? “Ellas expanden por todas partes los gritos horribles de sus canciones pistoleras: “Soy mexicano, ¡de acá de este lado!” “¡Ay, Jalisco no te rajes!” Así dicen las notas agresivas.

Ellos, entre tanto —los parroquianos de la tienda, del fisgón o de la cantina— escuchan en silencio, “con expresión extática y reflexiva, como si comprendieran que todo esto que dicen las canciones es un mero decir, porque ellos no le toman sabor a la vida, ni a ese México provocativo que pintan las canciones”.

¡Quizá de ellas sólo tomen la incitación a la riña y al derramamiento de sangre!

Hombres así, de tal modo sumergidos en ese desierto espiritual, necesitarían más que cualesquiera otros, aprender a leer y a escribir aunque no fuese sino para hojear otros horizontes, para vislumbrar menos dolorosas perspectivas.

Pero, para ello, les falta tiempo, estímulo y energías. Les falta el resorte de la cultura. ¿Para qué aprender, si la vida ha de seguir igual, cargada de miserias y de amargura?

Magda Mabarak, la gentil escritora, los invitó, sin embargo, a recibir sus lecciones; les ofreció a enseñarlos a leer y a escribir.

Dijeron que sí. Los esperó ella en muchas citas sucesivas... pero no fueron, faltaron una y otra vez a la cita.



Inquire Magda con otras personas. Le explican éstas que aquéllos infelices los cansa y los agobia el trabajo. Después de cada jornada caen rendidos y se duermen agotados. “Por eso no van a aprender a leer. Nadie tiene ánimo para estudiar después de una jornada de bestias.”

La inteligente escritora comenta (y yo no quiero que se pierdan sus palabras, por eso las reproduzco una a una): “necesitan (esos hombres) cambiar un poco su vida, sus horas son como una noria que dará vueltas siempre, hasta que una mano fuerte y eficaz la detenga”.

Y agrega con un salto de ideas que impresiona: “¡Ay, mano poderosa, justa, patriótica de los inspectores escolares, ¿dónde estará?! ”

Sólo que, para ser totalmente justos, hay que hacer recaer la responsabilidad únicamente sobre los inspectores del ramo educativo.

¿Y los inspectores del trabajo? ¿Y los presidentes municipales? ¿Y los diputados federal y locales, que a cada momento recorren los pueblos en busca de adhesiones y de votos? ¿Y los otros colaboradores del poder ejecutivo local, a quienes toca informar de cuanto de trascendencia ocurre en la entidad respectiva? ¿Todos ellos ignoran acaso las necesidades y las privaciones que más de cerca afectan a la población de cada lugar? ¿Tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen?

Porque —y de ello podemos estar seguros— lo que al primer golpe de vista descubrió Magda Mabarak en el poblado aludido, eso mismo o algo muy semejante ocurre en muchas y diversas regiones de la República. En vastas zonas prevalecen, a no dudarlo, idénticas condiciones de miseria y opresión, que constituyen otros tantos obstáculos para todo esfuerzo eficaz en pro de la adquisición de la cultura.

A este respecto la perspicaz observadora a que nos referimos, nos proporciona un detalle revelador: “cuando he preguntado (a los trabajadores) por qué han faltado a las citas, el viejo capataz me interrumpe para exigirles apremio. Es inconvencible, rígido en sus concepciones, a todo dice que sí y lo olvida en el mismo instante”.

En esto último bastante se parece el aludido capataz a la gran mayoría de nuestros políticos, a muchos de nuestros hombres públicos, de ayer y de hoy.

Cierto que el Primer Magistrado, su Secretario de Educación y algunos de sus colaboradores han puesto cuanto ha estado de su parte para resolver el dificultoso, el formidable problema de la alfabetización.

Pero hay que tener en cuenta dos cosas: por una parte, que la labor es vastísima y que no todas las autoridades subalternas han estado a la altura de su deber; y por la otra, que si bien la alfabetización es de enorme

trascendencia, no es ese problema el único ni quizá tampoco el más importante. Hay otros que le son concomitantes o previos: el de la buena y segura alimentación, ante todo; porque un pueblo desnutrido, un pueblo que apenas come, o come mal, no piensa en instruirse, ni tiene energías disponibles para dedicarse a un trabajo mental siquiera, cuando el esfuerzo físico y la desnutrición lo someten al más doloroso agotamiento.

Habría que suprimir, desde luego, esas tareas agobiantes; habría que imponerse sobre el capataz y sobre el empresario inhumanos; habría que proteger al indio contra sus explotadores; y sobre todo... habría que poner al indio en condiciones de comer a sus anchas, de nutrirse y de vivir como viven, como vivimos, los demás seres humanos.

Habría que despertar el sentido del deber y de la responsabilidad en los altos funcionarios locales en las autoridades pueblerinas. Habría que obligar a los inspectores del trabajo a que cumplieran con su deber. Habría que disponer de buenos y verdaderos líderes y guías.

¡Habría que hacer tantas y tantas cosas!

Y al paso que vamos debemos dar por cierto que se sucederán los gobiernos, que dejará de existir esta generación, y estaremos aun lejos, muy lejos, de la liberación del indio, de la genuina y auténtica emancipación de las mayorías

## EL PROBLEMA DE LOS DEBERES<sup>79</sup>

Repetidas veces se ha dicho que los males que en estos días calamitosos sufre la humanidad, proceden en gran parte de que sólo se invocan derechos y se olvidan del todo los deberes.

De la Revolución Francesa partió el mal ejemplo. Dominados sus directores por un individualismo agudo, sólo se cuidaron de elaborar altivas declaraciones en que se hablaba únicamente de prerrogativas y derechos, concedidos sin restricción al hombre y al ciudadano y sin preocuparse en modo alguno por señalar al uno y al otro sus obligaciones.

En igual absoluto sentido se entendió la soberanía de las naciones.

Engolosinados hombres y pueblos por el reconocimiento y el disfrute de una economía que no aceptaba límites, sobrevino el desenfreno y, como era lógico las pasiones, individuales y las ambiciones colectivas se enseñorearon de la humanidad desgarrándola y corrompiéndola.

Gobernantes y gobernados, burgueses y proletarios, ricos y pobres, jóvenes y viejos, hijos y padres, hombres y mujeres, creyentes e incrédulos, hicieron caso omiso de sus obligaciones, con lo que todas sus partes sólo se buscó el triunfo del más hábil, del más astuto o del más fuerte.

Lo espantoso del fracaso ha hecho al fin reflexionar; siquiera sea a los más despiertos o a los más obcecados.

Francia, el pueblo de los grandes cerebros y de las grandes innovaciones, ha iniciado el retorno al buen camino. Tras la cruel expiación se intenta, se anuncia al menos, la enmienda o la rectificación.

El primer paso se ha dado, y él ha consistido en agregar al catálogo de los derechos la proclamación imperiosa y rotunda de las obligaciones. Una nota cablegráfica, por desgracia brevísima así nos lo señala.

La comisión de la Asamblea Nacional encargada de formular una nueva constitución, ha decidido incorporar una Declaración de las Obligaciones

<sup>79</sup> *El Universal*, 6 de marzo de 1946.

del Hombre, como corolario o complemento de la Declaración de los Derechos del Hombre. Lo dice así, lacónicamente, el cable.

En esta forma espléndida inicia sus trabajos de rectificación la Asamblea Nacional Constituyente.

“Los ciudadanos deben servir a la República, defenderla con su vida, tomar parte en las obligaciones nacionales, contribuir al bienestar común con su trabajo y ayudar fraternalmente a sus conciudadanos.”

Claro que no basta con proclamarlo. Lo difícil está en cumplirlo, en llevarlo a la realización, puesto que allí radica el punto clave del problema de los deberes.

Claro, también, que a eso tan conciso, y por conciso tan vago y tan poco definido, hace falta un desarrollo completo y sistemático, que comprenda y abarque toda la escala de los deberes: desde los que al hombre corresponden como miembro de una familia y de un vecindario, hasta los que le incumben como trabajador, como productor o como poseedor de riqueza, como empresario que paga y distribuye salarios, como gerente o funcionario que organiza o gobierna, como intelectual o como publicista que guía, como profesor, moralista, padre de familia o sacerdote que dirige almas o marca orientaciones a las conciencias.

Contribuir a la formación y al efectivo cumplimiento de ese vastísimo programa, aplicado así en lo individual y colectivo como el internacional; es y tendrá que ser una de las primeras y más inexcusables tareas de la generación presente y de las que le sigan, si se quiere en verdad que haya paz en el mundo, sosiego y concordia en las naciones, pureza y honestidad en las familias, luz, orden y armonía en las conciencias.

Y la cosa urge. Esa aceptación expresa y leal de obligaciones concretas y precisas de parte de individuos y naciones, esa empresa de rehabilitación, enaltecimiento de los valores morales, hay que iniciarla desde luego sin aplazamientos, sin titubeos y sin deslealtades. De otro modo se sucederán unos a otros, en serie dantesca, los conflictos y las catástrofes.

Asomémonos, siquiera sea por un momento, a una de las zonas del problema, a la que tenemos más a la vista, por lo espectacular de la crisis y de los sacudimientos.

En las relaciones entre el capital y el trabajo, ¿cómo cumplen una y otra parte sus deberes recíprocos?

Por lo que hace al obrero, no cabe dudar que se ajustaría mejor a sus obligaciones y se vería mejor acogido en sus demandas, si no se diesen con

tanta facilidad a las muchas veces maquiavélicas sugerencias de sus líderes, si demostrase mayor sentido de cooperación y de solidaridad con relación a la empresa mercantil o industrial de la que, quiéralo o no, es parte integrante, y si en todos los casos supiese corresponder a la elevación de jornal y a otras concesiones que recibe, con una mejoría en la cabidad y en el rendimiento de su trabajo.

Y si de los capitalistas se trata, ¿cuántos son los que abrigan y con sus actos revelan sentimientos de verdadera fraternidad, de cristiana fraternidad, con relación a sus trabajadores?

No se calumnian a esos poseedores de la materia prima, de los instrumentos de producción y de los artículos más indispensables para la vida, al decir que con frecuencia abusan de su posición privilegiada, y que de modo continuo y sistemático infringen muchos de ellos los más elementales deberes humanitarios.

¡Cuántas veces en el curso de los últimos decenios los hemos visto tratar a sus trabajadores —peones de campo u operadores de la ciudad—, no como a hombres, sino como a seres indefensos a quienes explotar!

Fue necesario en nuestro México la lección rudísima que a nuestros latifundistas y a nuestros magnates de la industria dio la Revolución, para que modificaran en algo inicuos o inhumanos procedimientos.

Pero la lección no ha bastado, ni aquí ni en otras partes.

Aquí, como entre nuestros vecinos y como en otros lugares del mundo, abundan los hambreadores, los que especulan con el hambre y la miseria de las multitudes, como abundan también los capitalistas que no quieren ceder, que no quieren hacer las concesiones que con justicia les piden sus trabajadores. Se encaprichan en considerar el trabajo de los obreros que emplean, como una simple mercancía, igual a las demás que en el mercado se cotizan, y no como lo que es, como el empleo de facultades y el desgaste de energías por parte de seres dotados de un alma racional y de un cuerpo sensible y cuya dignidad, cuya vida y cuya salud exigen el mayor respeto. Ignoran la responsabilidad que adquieren al aprovechar para su auge y enriquecimiento el trabajo de cientos o de miles de seres humanos cuyos derechos a la vida y al bienestar están desde ese momento obligados a proteger y garantizar.

Los más inteligentes o los más humanos de los capitalistas, los que han ahogado del todo el grito de sus conciencias, o los que comprenden que es preciso armonizar lo útil con lo justo, son los primeros en reconocer y en proclamar lo imperioso de esas obligaciones.

Notable demostración de ello nos la proporciona el multimillonario Rockefeller, que alguna vez condenó en estos luminosos términos en resultado de su experiencia:

“la mejor política industrial es la que inspira tanto en el bienestar de los trabajadores como en los beneficios del empresario, y aun algunas veces puede éste y debe subordinar el provecho suyo al bienestar de sus operarios. Creo que el precepto: “haced a los demás lo que querriáis que ellos hiciesen con vosotros”, tiene tanto valor en el orden de los negocios como en el moral.”

Y agregaba:

“los hombres se dan mejor cuenta cada día de que la vida humana tiene un valor infinitamente mayor que la riquezas materiales, y de que la salud, la felicidad y la prosperidad del individuo, por humilde que sea su condición, no pueden en adelante ser sacrificados a la ambición egoísta de los ricos y de los poderosos”.

Por haber olvidado verdades de esa trascendencia, el mundo moderno se ha visto arrastrado a una feroz e interminable lucha de clases y ha tenido que desafiar crisis cuya magnitud y cuya peligrosidad aumentan de día en día.

## CRISIS DE AUTORIDAD<sup>80</sup>

Quienes observan con atención los acontecimientos contemporáneos, no han podido menos que sorprenderse ante el relajamiento cada vez mayor del principio de autoridad.

Muy hondas deben ser las raíces del mal, cuando él afecta desde la familia —núcleo social básico— hasta las relaciones entre gobernantes y gobernados no menos que las que dentro de cada nación existen entre los diversos organismos, gremios y corporaciones, de una parte, y el estado, por la otra.

Y lo que es quizá más grave el caos y la anarquía se enseñorean casi sin resistencia del ámbito mucho más amplio y complicado, constituido por las relaciones de nación a nación.

Dentro de la familia la decadencia del equilibrio de autoridad es notoria. Lo hijos, y aun en ciertos casos las hijas, no obedecen a sus padres, no respetan sus indicaciones o sus órdenes; ya que cada joven de uno y otro sexo, aspiran cada vez más —como ellos dicen— a vivir su propia vida.

Se da el caso de padres que en vez de ser capaces de reducir al orden de sus hijos, los temen y por amor, debilidad o complacencia, se rinden ante sus caprichos.

En el orden social, a nadie extraña ya la rebelión, disimulada o abierta de un líder de un sindicato o de una federación o confederación de sindicatos, contra la ley y el poder público. A las tentativas de éste para restablecer el orden, contestan esos organismos con paros, tormentosas manifestaciones de presión o de protesta, o con maniobras o procedimientos que en algunos casos se confunden con el delito, con el atentado o con francas y abiertas expectativas a la violencia y a la sedición.

Otras veces, para colmo de males es el mismo poder público el que se encarga de deprimir el principio de autoridad, al abstenerse de realizar, en forma oportuna y enérgica, su misión de árbitro y de supremo regulador. Lo hemos visto en el caso de conflicto cinematográfico, en el que las

<sup>80</sup> *El Universal*, 20 de marzo de 1946.

complacencias o la indebida tolerancia del gobierno para una de las partes —el S.T.I.C. — ha hecho que la otra, el sindicato de Producción, se haya visto obligado a acudir a violentas medidas de autodefensa y de represión.

Si esto pasa en la modesta esfera de las actividades internas de cada país, ¿qué de extraño tiene que en el orden internacional impere mayor confusión o desorden, en razón de que allí falta una autoridad suprema, con fuerza moral y decisión bastante para imponerse y hacerse respetar?

En el terreno internacional vamos sin duda alguna, de mal en peor.

En la edad media existía la prestigiosa autoridad moral los de Pontífices, de probada eficiencia para impedir, si no en todos los casos sí en muchos, la ruptura de hostilidades o los conflictos sangrientos que amenazaban surgir entre príncipes de la cristiandad.

En los tiempos modernos hemos tenido el Tribunal de La Haya, que pacíficamente resolvió, acudiendo al procedimientos arbitrales o de amistosa mediación, buen número de casos propensos a complicarse en forma peligrosa.

La después fracasada Sociedad de las Naciones evitó también, por lo menos en su primera etapa, que las cosas llegaran a mayores.

Hoy en cambio apenas termina una guerra y ya aparecen síntomas o amenazas de otra.

La flamante ONU ningún asunto serio ha podido arreglar. Los tres Grandes, tampoco muchísimo menos, los cancilleres.

Reuniones van y reuniones vienen, y las dificultades internacionales, en vez de solucionarse, se complican y enredan en forma cada vez más pavorosa.

Basta que una gran nación oponga su veto (esto es, su inconformidad o su tendenciosa indisciplina), para que el conflicto continúe en pie o desmesuradamente se agrave.

Y es que entre las naciones, no sólo falta el árbitro supremo cuyas decisiones todas ellas acaten, sino que también se nota la ausencia de un conjunto de normas de justicia y de moral internacionales que sean indiscutibles y de que todas respeten.

Profundas diferencia ideológicas, distancias abismales en la apreciación y en la interpretación de los hechos y de las doctrinas, separan entre sí a las naciones. Muchas de ellas quisieran regirse por la razón de la justicia; pero hay una seguida dócilmente por otras cuatro o cinco, que no reconocen más que su voluntad de indefinida expansión, ni otro programa que el de imponer a todo transe sus principios políticos y sus dogmáticas concepciones sociales.



Al faltar la conformidad en la manera de entender el bien y el mal, de interpretar y de definir la ética, la razón y la justicia, caen por tierra y desaparecen la armonía y la concordia. En lugar de ellas surgen la indisciplina y la pugna constantes, junto con la sistemática tendencia, de parte de la nación o naciones rebeldes ha hacer caso omiso de las decisiones de la que debiera ser, dentro de la organización internacional, la autoridad suprema.

Tal es el caso de la ocupación rusa de Irán. La nación invasora no respeta la palabra empeñada, ni convenios o compromisos formales, ni menos se inclina ante la soberanía de una nación que precisamente por débil, merece protección y amparo.

¿Y qué puede esperarse cuando una nación extraordinariamente poderosa se considera desligada de todo compromiso, desgarrar a su antojo los convenios y erige en ley su capricho y su arbitrariedad?

Hoy más que nunca hace falta saber si la autoridad del Consejo Supremo de las Naciones va a ser o no acatada, y con este motivo hay que dar la razón a Mr. Churchill, que con habilidad de estadista consumado, ha sabido hacer comprender a Rusia que no es ella la única poseedora de la fuerza, que las naciones de habla inglesa, secundadas por todos los pueblos de espíritu en verdad democrático, son fuertes también y que ellas pondrán, cuantas veces sea necesario, todo el poder de sus hombres y de sus recursos bélicos, al servicio de la causa de la justicia y de la libertad, del respeto a los compromisos y tratados y de la protección ofrecida, en ocasión solemne, a la soberanía y a la integridad de todas las naciones.

Si ello fuere así, si el Consejo de Seguridad, próximo a reunirse, sabe hacer respetar esos principios sagrados, sabe imponer las sanciones procedentes, y si a la sentencia de ese alto tribunal siguen demostraciones decisivas de energía, la paz del mundo se habrá salvado, y con ello, los fueros de la justicia y del decoro humano.

De otra suerte, al fracasar el principio de autoridad, fracasará con él la anhelada armonía de las naciones y volverán para el mundo los días de angustia y de desolación.

Nada hay más urgente, por lo mismo, que dejar a salvo de una buena vez ese irremplazable principio, al que la humanidad en su desesperación se acoge, como a su ánclora de salvación.

## LO QUE ENSEÑA LA HISTORIA<sup>81</sup>

En esta época convulsionada, en que todo conspira contra el mantenimiento de las normas morales y en que el edificio social se agrieta y es sacudido desde sus cimientos, urge recoger las enseñanzas de la historia; ya que esta última, como lo dijera don Miguel de Cervantes, es advertencia de lo que está por venir.

¿Qué nos enseña la historia acerca de las perturbaciones que sobre todo el orden social acarrea el divorcio, o sea la ruptura del vínculo conyugal, ofrecida como un premio a la ligereza o la liviandad?

La antigua Roma, la Roma del paganismo y de los Césares, nos ilustra maravillosamente sobre el particular:

Un siglo antes de Jesucristo el legislador romano, echando en olvido viejas tradiciones de austeridad, admitió el divorcio por consentimiento mutuo, y aun por el capricho de cualquiera de los cónyuges. Con ello abrió las puertas a la disolución de costumbres y al libertinaje, por lo que el desbordamiento de las pasiones no encontró ya límites, en hombres ni en mujeres. El divorcio se generalizó a tal extremo, que los esposos repudiaban a sus mujeres por los más fútiles motivos. Sulpicio Galo se divorció, por la sola razón de que su mujer era calva. Paulo Emilio repudió a su esposa, sobre la base de este razonamiento: “mi calzado está nuevo, bien hecho, y sin embargo, me veo obligado a cambiarlo; ninguno sabe como yo, en dónde él me oprime...” Bruto se caso con Valeria el mismo día en que se divorciaba de su anterior mujer. Cicerón repudió a Terencia con el pretexto de que era pródiga. Hortensio suplicó a su amigo Catón de Útica que le cediese a su mujer Marsia, no obstante que esta última se hallaba en cinta. Catón aceptó, y firmando el contrato el nuevo marido vivió hasta el fin de sus días con dicha mujer, la cual una vez viuda, volvió a casarse con Catón. Así lo refiere Plutarco.

81 *El Universal*, 17 de abril de 1946.

Por lo que hace a las mujeres romanas conocida es la frase de Séneca: “¿qué mujer se avergüenza hoy por divorciarse, cuando tantas damas ilustres no cuentan ya sus años por el número de cónsules sino por el de sus maridos?” Indignado Séneca añade: “se ha llegado a tal punto de depravación, que una mujer no tiene un marido sino para provocar el adulterio... Las mujeres se divorcian para volver a casarse y vuelven a casarse para divorciarse”.

El famoso Juvenal aplicó el cauterio de su punzante crítica a las damas romanas que habían encontrado el secreto de volverse a casar ocho veces en cinco años. Se explica así que Séneca no vacilase en afirmar que el principal atractivo del matrimonio era justamente el divorcio. En él encontraba apetitos y pasiones el más cómodo de sus instrumentos.

El austero San Jerónimo da testimonio de esta depravación, cuando dice: “he visto morir en Roma a una matrona que había sido mujer de veintidós maridos...”

Hombres de los más distinguidos de Roma contraían enlaces, no por amor, sino para servir a sus ambiciones políticas. Julio César, Marco Antonio, Octavio, contrajeron cada uno, por simples razones políticas, tres, cuatro y hasta cinco matrimonios. Pompeyo desplegó todavía mayor cinismo: repudió a su mujer para casarse con la viuda de Glabrió, aunque estuviese en cinta. Pero ..., ella era nieta del dictador Sila, y tal unión tenía que serle ventajosa. Al encumbrarse César, repudió Pompeyo a la nieta de Sila y tomó por esposa a la hija de César.

Por eso Catón el censor podía exclamar en pleno Senado:

“es algo insoportable ver el tráfico que estos hombres hacen, con sus matrimonios, de los puestos públicos más elevados, y como, al comerciar con las mujeres, se dan unos a otros, las primeras dignidades de la República, el gobierno de las provincias y el mando de los ejércitos.”

Si de la Roma pagana nos trasladamos ahora a la Francia irreligiosa de la época de la Revolución, encontraremos análogo espectáculo.

Al admitir la ley revolucionaria de 1792, no solamente el divorcio por mutuo consentimiento sino también la ruptura del matrimonio por simple incompatibilidad de caracteres alegada por cualquiera de los contrayentes, se produjo el desquiciamiento de la familia. En la sola ciudad de París se consumaron seis mil divorcios en los veintisiete meses que siguieron a la promulgación de esa ley, y en el año sexto de la Revolución el número de los divorcios superó en dicha capital al de los matrimonios.

El abuso que se hizo del divorcio llegó a tal extremo, que en la misma Convención se levantaron voces pidiendo que esa absurda legislación fuese

revisada. “El divorcio —exclamaba el diputado Bonguyot— se obtiene con demasiada facilidad. Los esposos abandonan a sus hijos, descuidan su educación, que se hacen fuera del ejemplo de las virtudes domésticas, de los cuidados y del amparo de la ternura paterna y materna.”

Un poco más tarde, a fines de 1796, volvía a plantearse en el Consejo de los Quinientos la necesidad urgente de la revisión de la ley de 1792.

“Sería difícil —afirmaba el diputado Regnaut de l’Orme— imaginar cuánto esta causa de divorcio (la alegación de la incompatibilidad de caracteres) favorece a la ligereza y la inconstancia de los esposos, como induce ella al libertinaje y en qué forma contribuye a la corrupción de las costumbres. ¿Qué cosa puede haber más inmoral que el permitir al hombre cambiar de mujer como de vestido y a la mujer cambiar de maridos como de sombreros? ¿No es esto un atentado contra la dignidad del matrimonio? ¿No equivale esto a convertirlo en un juguete o en un instrumento del capricho y de la ligereza, y en hacer de él un concubinage sucesivo?”

“Es necesario —clamaba Delville aún con mayor energía— hacer cesar este mercado de carne humana, que los abusos del divorcio han introducido en la sociedad.”

Al atacar, con hechos que reforzaban sus argumentos, el divorcio admitido por la sola incompatibilidad de caracteres, el diputado Tavart hacía notar ante el Consejo de los Quinientos, que más de veinte mil esposos debían a ese error del legislador su desunión y las fatales consecuencias de la misma. “Temblaríais si yo os presentase el cuadro fiel de las víctimas que el libertinaje y la concupiscencia han causado, en nombre de una ley que según el legislador debería servir para hacer el matrimonio más respetable y más dichoso, al hacer a los esposos más libres.”

Infinidad de peticiones llegaron al Consejo mencionado, para que sin pérdida de tiempo derogase una ley que había producido tamaño desastre.

“Por todas partes se ven esposos que olvidan sus deberes y su honor, que pasan por encima de todas las conveniencias, que violan las leyes y las obligaciones más santas y que sin remordimiento abandonan su familia para satisfacer vergonzosas pasiones. Ya es tiempo de poner un freno a depravación semejante.”

Denuncias y lamentaciones como éstas, que obligaron a la postre a Napoleón a decretar la abolición del divorcio por incompatibilidad de caracteres, se han dejado oír y se oirán siempre en todas las naciones que tengan la desgracia de caer, por la torpeza de sus gobernantes en ese abismo

de concupiscencias, en esa vorágine de pasiones a que de modo irremisible conduce el divorcio, más o menos tarde.

Los hombres pensantes de los Estados Unidos lo han comprendido así, aunque un poco tarde sin duda. La avalancha de hechos afrentosos contra los fueros de la moral y contra la consideración de vida a la mujer, habrán de obligar a los legisladores de allende el Bravo a efectuar una total revisión de los estatutos que rigen la sociedad familiar.

La propia Rusia, aleccionada por terrible experiencia, inicia ya la reforma de sus absurdas leyes sobre el matrimonio y la familia.

Sólo en México subsisten todavía, por extraño fenómeno de inercia mental, los que cerrando los ojos a los hechos, consideran aún como una conquista revolucionaria, como un signo evidente de progreso, en plantación del divorcio con ruptura del vínculo matrimonial.

Esos obcecados olvidan la lección de la historia. Por el abuso del divorcio y la inevitable disolución de la familia, que es su consecuencia, empezaron a decaer civilizaciones y culturas que parecían inconvencibles por allí se inició el derrumbe de la Roma imperial, que, disoluta y corrompida, no pudo ya contener el empuje de los bárbaros. En nuestros días ¿no es a la licencia y al desenfreno sexuales a los que en buena parte podría atribuirse el reciente y casi increíble desastre de la gran república francesa minada en lo más profundo de su ser por la gangrena de un fácil y despreocupado sensualismo?

## LOS TERRIBLES AMIGOS DEL REGIMEN<sup>82</sup>

Con su peculiar ingenio el general Obregón acostumbraba decir: “Señor, líbrame de mis amigos, que de mis enemigos yo me libraré.”

¡Cuántos daños saben causar, en efecto, muchos de los que se ostentan como amigos!

En política, sobre todo, alrededor de los hombres públicos suelen formarse círculos o “mafias” de amigos, que son para aquéllos más nocivos que el apeste.

Con frecuencia ni los peores enemigos alcanzan a mermar el prestigio de los que gobiernan, en forma tan segura como lo hacen ciertos amigos, o los que se dicen tales.

Tenemos un caso recentísimo: la mortal lesión que al actual régimen infirieron los actores y los directa o indirectamente responsables de los sucesos de León. Jamás se había visto gobierno alguno sacudido por conmoción tan violenta como ésta. Un poco más, y el régimen se desploma.

Algo semejante, si bien en menor escala, puede decirse de las descaradas imposiciones municipales realizadas en Monterrey. La Piedad y numerosas poblaciones de Hidalgo, Tamaulipas y otros Estados.

¿Y qué decir de los numerosos gobernadores que sin recato alguno exhiben sus tendencias imposicionistas, con lo que arrojan irremediable desprestigio contra el régimen? ¿y qué opinar de la última y apenas creíble “barrabasada” del impulsivo e incontrolable gobernador de Morelos, que no satisfecho con haber cubierto de afrenta al gobierno con los asesinatos de campesinos padillistas, cometidos por sus agentes en las cercanías de Cuernavaca, corona hoy en forma estupenda su obra cacical con el escandaloso secuestro de toda una legislatura, a fin de presionarla para dar un decreto en el sentido de una política impregnada de continuismo?

Realmente esos atentados son tan burdos, exhiben de tal manera las lacras del imposicionismo, que a cualquier otro comentario preferimos en que, a

82 *El Universal*, 15 de mayo de 1946.

propósito de idénticas torpezas, pone en boca de un prominente personaje de la administración el periodista Ortega, en estas columnas de EL UNIVERSAL.

“Parece —expresó el aludido personaje— como que eso fuera hecho por nuestros peores, más implacables enemigos.”

¿Qué actos o qué hechos provocaron el anterior desconsolado comentario? Las invitaciones u órdenes giradas, con un desplante sin igual, por tres diversos funcionarios municipales de Tabasco, a efecto de que los vecinos de sus respectivas jurisdicciones acudiesen a homenajear al candidato oficial para gobernador del mismo Estado.

Uno de esos documentos, recibido en copia fotostática por “los más prominentes personajes del país”, procede del presidente municipal de Macuspana, Tab., y dice a la letra en lo relativo:

“Igualmente tengo conocimiento de que usted (el Agente Municipal del Rancho Limón) no ha invitado a los vecinos de esa ranchería para que vengan mañana a recibir al candidato. Proceda usted desde luego a hacer la invitación bajo su responsabilidad, a fin de que vengan todos a caballo o a pie, A RECEPCIONAR AL CANDIDATO DEL GOBIERNO DEL ESTADO. Atentamente. —SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION—. Macuspana, Tab. febrero 16 de 1946 —el Presidente Municipal, José Pérez Bastar”.

Los otros dos oficios de los aludidos funcionarios pueblerinos —el del síndico de Hacienda J. Natividad Chablé, y otro oficio más del ya mencionado Presidente Municipal de Macuspana— son idénticos al transcrito y también fueron enviados al Ejecutivo Federal en copia fotostática según Ortega afirma. Se trata por lo mismo, de hechos irrecusables.

“Parecerían increíbles esos documentos si no fuesen tan característicos de los métodos de ciertos grupos”. Tal es la oportuna glosa del cronista Ortega.

No se necesita, en efecto, formar parte de la oposición para estigmatizar procedimientos de esa índole, ni se necesita tampoco mucha penetración para comprender que actos de esa naturaleza, así provengan del más adicto o incondicional de los amigos, causan a la administración, un daño irreparable.

Por eso, hace ya algunos años, un viejo político, basándose sin duda en su propia experiencia, se quejaba con amargura de lo que él llamaba “el lastre de los amigos”, o sea el lastre pesadísimo (capaz de hacer zozobrar a cualquiera embarcación) que constituye los amigos cuya torpeza los

convierte en más perjudiciales y peligrosos que el peor y más encarnizado de los enemigos.

Por no haber sabido refrenar a tiempo el Jefe del Ejecutivo a esa legión de caciques y caciquillos, de líderes y de liderzuelos, que agobian y desesperan al país y que impiden la eficaz realización de cualquier plan de gobierno, por eso y sólo por eso está sometida la actual administración a una crisis que se complica por momentos: encarecimientos escandalosos de los artículos más indispensables para la vida, deficiencias cada vez más insoportables en toda clase de comunicaciones y medios de transportes, inmoralidad administrativa que todo lo desvirtúa y corrompe, tiranía cacical que asfixia, trabas de todo género para el mediano y el pequeño comerciante (ya que el grande, el poderoso, para todo encuentra remedio), descontento en el campo, descontento en la ciudad, opresión lideril que lo mismo alcanza al rico que al pobre, al patrón que al obrero, al campesino que al trabajador de la ciudad; divorcio total entre gobernantes y gobernados.

Ante desenlace tan doloroso, que no era de esperarse dados los buenos principios del actual régimen, asaltan el espíritu las trágicas reminiscencias de las postrimerías del gobierno porfiriano, cuando los círculos de amigos y la mafia de los “científicos” echaron a rodar la obra que tantos esfuerzos costara al gran dictador.

Lección tan dolorosa debería haber impulsado al presidente Avila Camacho a seguir otro camino, hacer menos indulgente con los que amparándose con el membrete de amigos de la administración cometen las mayores atrocidades, y a atender alguna vez siquiera las indicaciones de los enemigos leales, de los opositores francos que hacen a los gobiernos el favor de decirles la verdad que otros callan.

Pero cuando esto no se hace, cuando sistemáticamente se desoyen las protestas de la oposición, y se tiene como norma de gobierno dejar impunes las faltas y delitos de los amigos por graves que ellos sean; a nadie puede asombrar que esos falsos o torpes amigos, envalentonados o engreídos con el apoyo incondicional que sus superiores les prestan, agreguen cada día nuevos abusos a los que con anterioridad les fueron consentidos y tolerados.

Por no haberse sometido oportunamente al orden a gobernadores y caciques, a líderes y agitadores, los hemos visto crecer en audacia, dar rienda suelta a su apetitos y ambiciones y como epílogo de su desorbitada actuación darse el lujo de escoger precisamente los instantes más críticos, para dejar sentado, con mengua de la administración a la cual sirven que México es el país de los hechos consumados, la tierra clásica de la impunidad.



## LA MORAL CRISTIANA, EL MEJOR BALUARTE<sup>83</sup>

O cristianismo o marxismo, o espiritualismo o materialismo, o moral del amor y de la fraternidad, o doctrina del odio: tal es el dilema ante el que se encuentra la Humanidad. O se deja ésta invadir por la oleada soviétizante, que tiende a cubrirlo todo; o virilmente se opone a esa vandálica irrupción, atrincherándose en la fortaleza de la fe y de la moral cristiana.

No hay ni puede haber a la larga, contra la expansión comunista, mejor defensa, pues de nada servirán a la postre temporales victorias en el terreno militar (en donde la primacía corresponde aún felizmente a la cristiandad), si en el interior de cada país la ideología soviética continúa haciendo prosélitos y minando a un tiempo mismo las conciencias de los individuos y la potencialidad económica y política de las naciones afectadas.

No se trata de una lucha entre dos imperialismos, como muchos malévolamente creen, ni tan sólo de una posible bélica contienda entre un grupo más o menos unido de naciones de suyo pacíficas contra la potencia agresora. De lo que se trata, esencialmente, es de una lucha entre dos ideologías, entre dos doctrinas, entre dos maneras de concebir el Universo, el hombre y la vida.

La contienda no es originada, primordialmente, por factores de índole económica o política. El conflicto, en el fondo y esencialmente, se plantea entre dos ideologías. “Es un conflicto a muerte entre el ateísmo y la creencia en un Dios personal, entre el paganismo y el cristianismo, entre el desenfreno carente de toda moralidad y la autoridad soberana de Dios, entre los excesos de las pasiones desenfrenadas y la influencia suavizadora de la caridad cristiana.”

A estas conclusiones llegó en sensacional conferencia el Arzobispo de Nueva Orleans, Monseñor Joseph F. Rummel.

Y como la ideología que el materialismo y la negación de Dios encarnan, está siendo en estos momentos representada “por una de las naciones más

83 *El Universal*, 18 de septiembre de 1946.

poderosas de la Tierra (alusión clarísima a Rusia), que espera alcanzar la dominación mundial”, no hay tiempo que perder —asegura el prelado— y sí, por el contrario, hay que aprestarse a la defensa del ideal cristiano.

Esta defensa hay que hacerla, ante todo, en el terreno ideológico, en el campo de las conciencias, ya que nos encontramos frente a un mundo en que el sensualismo, la corrupción y la irreligiosidad progresan en forma pavorosa, adueñándose, sobre todo, de las nuevas generaciones.

A éstas, sobre todo, habrá que defender y amparar. Para ello existe un remedio: fijar, vigilar y vigorosamente sostener la filosofía social y moral que debe imperar en las naciones no contaminadas aún del todo por el virus soviético. Así lo afirma, con sólida argumentación, el prelado norteamericano.

Habrà, pues, que impedir la descristianización del mundo, habrá que infundir en las almas juveniles la fe en un Creador, supremo juez de la conducta humana, y con esa creencia, vivificada por los principios salvadores de la moral evangélica, refrenadora de apetitos, proteger y amparar las almas juveniles contra la propagación del materialismo, de la ferocidad y del odio.

De nada servirán los triunfos bélicos ni las victorias militares, si se pierde la batalla del espíritu, si por un criminal abandono se permite que la expansión insidiosa y tenaz del comunismo llegue a realizar la conquista de las multitudes.

La batalla principal habrá que darla en las escuelas, en la prensa, en la tribuna, en los centros de enseñanza. La principal campaña debe ser la educativa.

Para ello, no bastará la simple desanalfabetización. Será indispensable impedir —entiéndase bien— que el enemigo se apodere de la enseñanza... Y el enemigo lo es el comunismo, lo es la Rusia soviétizante, con sus legiones de prosélitos, propagandistas y educadores.

La filosofía moral y social que debe regir en el mundo aun no soviétizado, no ha de ser la filosofía marxista del materialismo histórico, ni la doctrina de la revolución permanente, ni esa turbia moral que se apoya de modo exclusivo en los valores materiales y en la eterna prédica del antagonismo y del odio; sino esa moral excelsa que une a los hombres por el amor, los obliga por la fraternidad y los hace superarse a sí mismos con la práctica de la renunciación y del sacrificio por los demás.

El materialismo, la persecución del placer, el ansia de goces materiales, el orgullo y la soberbia que no toleran superiores, ni admiten frenos o sujeción alguna al deber, y sí invitan, en cambio, al rencor y a la animosidad

contra el que posee bienes o virtudes que nosotros no poseemos; esos móviles de disolución y de discordia conducen indefectiblemente a la guerra. Guerra de clases, en el interior de cada nación; guerra de razas o de imperios, en el campo de lo internacional.

“El ateísmo provoca las guerras”, dijo en frase lapidaria el Arzobispo de Nueva Orleans. Si se quiere cegar el manantial de las guerras, suprimase o amortiguéase al menos la ambición desenfrenada, que empuja a la conquista; refrénese el odio, la soberbia y la envidia que al envenenar las almas, empujan tarde o temprano, a los hombres y a los pueblos los unos contra los otros.

En una palabra, ciméntese la paz sobre el amor, el apoyo mutuo, la justicia y la fraternidad.

Y ese prodigio sólo puede realizarlo la moral de Cristo, única que subyuga las almas, única que vence resistencias, única capaz de hacer que en el mundo reinen a la vez la libertad fecunda y la autoridad enfrenadora, el principio individual en lo que tiene de creador y de grande, y el interés colectivo en cuanto sirve para armonizar voluntades, reprimir egoísmos y hacer abortar rebeldías malsanas.

En vez de una educación empobrecida y envenenada por el materialismo, corroída por el ateísmo y la negación, debe, pues, a toda costa, implantarse o restablecerse la educación de tipo espiritualista y cristiano. Que a cada padre de familia se le deje libertad de enviar a sus hijos y a sus hijas a la escuela en que una doctrina de regeneración enseñe a unos y a otras a moderar sus apetitos y a dominar sus pasiones. Que no se deje suelta a la bestia humana.

Pero a la vez que afirmar y proteger, honrada y seriamente, la libertad de enseñanza; a la vez que amparar los derechos imprescriptibles del jefe de familia, debe hacerse, debe procurarse otra cosa. Que la conducta corresponda a la predicación y a la enseñanza. Que el cristiano sea verdadero cristiano, y el creyente, verdadero creyente. Que no se dé el escándalo de que quienes pregonan a todas horas su cristianismo, se conviertan en succionadores del esfuerzo de los humildes, en crueles explotadores de la miseria del pobre. Que el cristiano —rico o proletario— cumpla con sus obligaciones que la fraternidad le impone y que con su conducta generosa y humana dé ejemplo a quienes se niegan a aceptar la moral de Cristo.

Nada más bochornoso, en efecto, que el espectáculo que al mundo está ofreciendo, en la católica España, algunos hombres opulentos a quienes el obispo de Córdoba, en hermosa carta pastoral, flagela y denuncia.

“Hay mucha hambre —dice él— en la provincia de Córdoba, tanto en la Capital como en los pueblos. Varias personas han muerto de hambre recientemente.” Y mientras esto ocurre —comenta el prelado— abundan gentes que sin recato alguno llevan vida de ostentación y de derroche. “Gastar así el dinero en cosas insignificantes y en placeres, mientras el prójimo se muere de hambre, es simplemente un crimen.”

¿Qué diría el buen prelado cordobés si viera lo que en nosotros pasa?

No basta, en consecuencia, que la moral cristiana se predique. Es indispensable que ésta se afirme y rebele en la conducta.

## METROPOLI, PROVINCIA Y CAMPO<sup>84</sup>

Estamos asistiendo a un espectáculo desconcertante.

La metrópoli, hinchada de vanidad y de poderío, desbordantes de lujo y de magnificencia, crece en forma desmesurada. Palacios y palacetes, grandes hoteles y mansiones señoriales, ciudad del deporte y zonas de placer, espléndidos edificios para negocios o para suntuosas viviendas, actividad febricitante, ansias de lucro y de derroche, suntuosas fiestas y elegantes despilfarros; el dinero, que no cuesta mucho esfuerzo ganar, dilapidado en mil fruslerías; los nuevos ricos haciendo alarde y ostentación de su opulencia; tales son los síntomas y las manifestaciones de arrogancia y de plétora que día con día nos ofrece la gran ciudad.

El que sólo conociese éstas y no se asomase a lo que ocurre en la provincia y en el agro, creería que México se encontraba en plena bonanza, que en nuestro país todo era prosperidad y ventura.

Pero el que se asome a la periferia, ¿qué descubrirá? ¿Cuál es el panorama que ofrecen los Estados, en qué situación se encuentran las pequeñas poblaciones, las vastas y lejanas campiñas?

Hasta allí hay que penetrar, para darse cuenta de la tragedia que la nación padece.

En la Capital de la República se concentra todo: los grandes recursos del erario federal, para proveer al sostenimiento de la alta burocracia y de un ejército cada vez más numeroso de empleados; las oficinas de las grandes compañías mercantiles o industriales, con derrama prolífica de altos sueldos y crecidos emolumentos; comercio en auge, fábricas y manufacturas en constante desarrollo, y de más a más, acumulación de los mejores cerebros y de los hombres más dinámicos que la provincia envía y continúa enviando, en caravanas, en tropeles, en series interminables.

La provincia se despoja de sus mejores y mayores energías en provecho de la Capital, que todo lo absorbe: caudales y fuentes de vida, hombres de

84 *El Universal*, 9 de octubre de 1946.

dinero y gente de acción, que acuden a la gran urbe, ansiosos de brillar, de dar de sí, de desenvolverse en lo económico y en lo cultural.

La provincia, por todas éstas y por otras causas múltiples, languidece, se marchita y se agosta. Lo que debiera ser manantial de fecundidad y de vida, se vuelve ergástula, asilo de miserias y campo de explotación y de desesperanza.

Allí impera a sus anchas y sin control, el cacicazgo. Caciques pequeños y grandes. Liderzuelos de ínfima categoría pero de ambiciones absurdas, de codicia desenfrenada, esquilman a su antojo a los infelices moradores. Nada se libra de su rapacidad. Alcabalas, monopolios, mercado negro, agobiadores impuestos, exacciones fiscales agotantes, trabas y restricciones innumerables al hombre de empresa, atentados y tropelías a gran escala: tal es el triste cuadro de la provincia. ¡De la provincia que debiera ser el nervio y la salud de la Patria!

La queja melancólica y doliente de la provincia martirizada, llega a veces hasta la metrópoli engreída; pero ¡qué pocos reparan en ella, qué pocos la entienden, la sienten y la acogen!

“Basta comparar la situación de los Estados de la República con la de la Capital, para concluir que, exceptuando Nuevo León, Jalisco y Puebla, las provincias degeneran en los órdenes material y moral; mientras la urbe crece desproporcionada, compleja y perjudicialmente, y al mismo tiempo vuélvese la zona más degenerada del país.”

Tal es la recriminación, la airada y justa requisitoria de los mejores representantes de la provincia. Así la ha recogido en sus columnas radiantes de verdad, un modesto órgano periodístico de los buenos hijos de Oaxaca que no olvidan ni desdénan lo que deben al generoso solar nativo.

Ahora bien, como la gran mayoría de quienes forman la nación mexicana está constituida por la población que radica en las veintiocho entidades federativas, “es evidente —añade el vocero a que aludo— que mientras la provincia continúe en decadencia, creciendo a la vez la gran urbe patológicamente, el país no puede ni podrá lograr progreso integral y efectivo”.

¿Pero qué esperanza queda a la provincia, mientras en ella los caciques sean señores de haciendas y de vidas?

“A pretexto de la unidad nacional, absolutamente artificiosa —continúa la requisitoria—, ex mandatarios del país y de los Estados, como caciques mayores, se han constituido en los “mandamás” de zonas y entidades completas del país, imponiendo desde uno o varios gobernadores, hasta un presidente municipal o colector de rentas, y creando un engranaje político, administrativo y económico, en verdaderas zonas de influencia, absorbente, monopolizador y expoliador, que cierra

toda oportunidad a la iniciativa privada de quienes con ellos no se confabulan en negocios o lucros.”

¿Se quiere mejor pintura, descripción más exacta y realista del infierno provinciano?

Y el campo, ¿qué decir?

¿Qué decir de nuestras campiñas devastadas, assoladas, hechas inhabitables, por la acción conjunta de los mal llamados líderes agrarios, de los zánganos del crédito ejidal, de los rufianes impuestos por los gobernadores, de los agentes de penetración del comunismo hipócrita y artero, de toda esa oleada, en fin, de factores de explotación y de desintegración irremediable?

Cuando no es la sequía, es la Reguladora, o es el banco ejidal fatídico, o es el agio local, o es el mercado negro, o es el monopolizador de frutos y semillas, o es la banda de abigeos sin escrúpulos, protegidos en forma cínica por lo que allí se llama autoridad; o es todo esto junto, lo que se abate, como aluvión mortífero, sobre la agricultura languideciente, sobre el campo desolado que, víctima de la maldad, del abandono o de la apatía, se niega a dar sus frutos.

¿Y qué tiene que resultar de tamaño desastre? Grandes extensiones sin cultivo, o miserablemente cultivadas, y las masas humildes, carentes de pan y de esperanza, en la miseria y en el desamparo. ¡Sólo una minoría de nuevos ricos, en el auge y en la esplendidez, satisfechos y engreídos, hablando de democracia, de progreso y de conquistas de la revolución!...

Al enriquecimiento de unos cuantos, se le llama realización del ideal, y a los amargos frutos de una política de anarquía, de fraudes y de devastación, se le llama cumplimiento de los postulados revolucionarios.

¿Intervenir el orden de las cosas, es sabiduría? ¿Es demostración de triunfo y prueba de acierto inflar y acrecer la urbe parasitaria, a expensas del campo productor y de la provincia creadora, reserva insustituible de energías?

Quiérase o no, la evidencia se impone. Atravesamos una etapa de extravagantes paradojas y de absurdas anomalías, en la que nada está en su lugar y todo anda al revés. Si se quiere salvar a México, hay que ir de la periferia al centro, de los manantiales de salud y de fuerza a lo que de ellos se alimenta y vive, y en vez de cegar aquéllos, para que todo lo demás se derrumbe y perezca, dedicar toda la atención de gobernantes y gobernados, de cerebros directores y de energías dirigidas, a la tarea inaplazable de salvar la agricultura, de aliviar la provincia, de hacer producir al campo, creador del pan y de toda básica riqueza, para poner fin a la devastación del agro, a la despoblación de la provincia, a la crisis angustiosa de la urbe, cada vez más amenazada de consunción y de anemia, cada vez más ansiosa de pan.

## DOS MANERAS DE ENTENDER LA VIDA<sup>85</sup>

Para muchos de nuestros contemporáneos sólo hay una manera de entender y de aceptar la vida. La comprenden y la aceptan como un esfuerzo incesante, rápido y continuo para acumular oportunidades y conocimientos, recursos y riquezas que les procuren una existencia fastuosa, plena de comodidades materiales y salpicada de vistosas apariencias, que les permitan vivir como grandes señores, alternar con la “crema” de la sociedad y darse esas pequeñas satisfacciones que a la vanidad tanto halagan, y que las más de las veces suplen, en el hombre frívolo, a los ideales ausentes y a los impulsos de generosidad y de altruismo, lamentablemente desterrados.

Nuestra civilización vive bajo el signo “pesos”, agobiada por la doble tiranía del dólar y de la velocidad. Cual más, cual menos, todos nos sentimos presa de necesidades abrumadoras, artificiales en su mayor parte, pero que a toda costa y a toda prisa hay que satisfacer.

Aun los más modestos y deseosos de calma son arrastrados por el torbellino de lo vertiginoso, impelidos por el ritmo apresurado y violento de una civilización que se ha vuelto un kaleidoscopio y que todo lo sacrifica al ansia de la posesión del dinero y del vértigo del placer.

Vivir intensamente, estar en todo al día, gustar de prisa la existencia, competir con los rivales, trabajar, si es preciso, hasta el agotamiento, con tal de alcanzar lo más pronto posible una deslumbradora posición económica y de amontonar para ello ganancia sobre ganancia y peso sobre peso; tal es el curioso, el sorprendente y nada seductor ideal del hombre de nuestros días.

Imposibles la calma y el reposo, cuando lo que se busca es sorprender a la fortuna, llegar a la cumbre primero que otros, fascinará al vecino o al émulo con una vacua, pero ineludible, ostentación de superioridad.

¿Meditar? ¿Para qué? Es perder un tiempo precioso. ¿Concentrarse en sí mismo? Es cosa irrealizable, cuando otros nos vienen pisando los talones.

85 *El Universal*, 23 de octubre de 1946.



Todo es improvisación y todo es cálculo, todo es velocidad y festinación. Estudiar intensamente y a fondo los problemas, los hombres y las cosas que nos rodean, es punto menos que imposible, pero cuando los sucesos se precipitan y las complicaciones apremiantes nos envuelven.

En esta época de ajetreo incesante, de turbulencia y zozobra ¿cómo encontrar la manera de ahondar en nosotros mismos, en los hombres y en los fenómenos que a nuestra vista pasan y se suceden con fantástica rapidez?

Se comprende, por los mismo, hasta qué punto tiene que sorprender y que desconcertar a nuestros vecinos los norteamericanos —prototipos del hombre contemporáneo— las costumbres y las actitudes que todavía conservan, para bien suyo, nuestras poblaciones indígenas.

De ese azoro nos da sabrosísima muestra un inteligente periodista norteamericano, Mr. J.P. McEvoy, en jugosa crónica que el “Reader’s Digest” acaba de publicar.

Con verdadera atingencia y con poderosa ironía nos transmite Mr. McEvoy las impresiones que le produjo su visita a un pequeño poblado de indígenas de la más pura raza maya, perdidos allá, en remotísima meseta a 2150 metros sobre el nivel del mar, de una escarpada serranía de Guatemala.

Lo que primero llamó la atención al perspicaz McEvoy fue el modo de ser tranquilo y silencioso, rayando a veces “en indiferencia granítica”, que constituye el fondo del carácter del indio guatemalteco (tan cercano y parecido, dicho sea de paso, al de sus congéneres mexicanos).

“Si el indio guatemalteco es el ser humano más silencioso, el turista estadounidense —subraya— es indiscutible el más estruendoso.”

Para el indio, en efecto, no existen los problemas que con todo artificio crean lo que nosotros llamamos cultura. El no se atormenta por acaparar riquezas, ni pierde el sueño ni la paz interior por preocupaciones o cuidados de carácter económico. Vive él al día, trabaja tan sólo para satisfacer sus necesidades más elementales; de tal modo, que él no quebranta su salud ni perturba su vida a fuerza de meterse en honduras y complicaciones. “No caen muertos de un ataque al corazón, ni llenan las casas de salud devorados por la sicosis”.

Al no ser esclavos del deseo ni de la ambición, ni de la vanidad, ni de la codicia, pasan por el mundo serenos, imperturbables y estoicos. Su sosiego interior no es alterado por la búsqueda desesperada del dólar ni por la persecución ansiosa del placer. Con bien poco se conforman, no se desvelan inventando la manera de superar, de exprimir o de deslumbrar al prójimo, y tienen sobre los occidentales un mérito indiscutible: el de realizar el ideal de no depender de los demás para la obtención del pan cotidiano. Ellos se bastan a sí mismos.

“Con sus propias manos cultivan todo lo que necesitan comer, tejen todo lo que necesitan ponerse y hacen todo lo que necesitan vender. Cada uno de ellos es un hombre de negocios, sin pagarés o libranzas que se le verzan, ni problemas de patronos y operarios ni sabuesos de impuestos que anden husmeando sus libros.”

No olvidan, por supuesto —¡eso jamás!— sus deberes religiosos. Místicos y soñadores por naturaleza, hombres de vida interior, nunca dejan de acudir al templo los domingos y días festivos, para rendir culto a la divinidad. “Mientras la mujer y los hijos se arrodillan en silencio, el padre de familia reza una pintoresca canción en la que confusamente se mezclan santos y apóstoles, vírgenes y mártires. Una vez que ha cumplido con esto, se marcha, seguro en su fe y con la serena satisfacción de que ha hecho todo lo que razonablemente puede esperarse de un hombre”.

El europeo, el norteamericano, el que sigue las normas de la cultura occidental, no entiende así las cosas. A él le gusta, le encanta complicarse la vida y abrumarse con tareas, con cuidados y nimias preocupaciones. Sobresale en el absurdo arte de “calentarse la cabeza”, de hacerse la vida azarosa, difícil y complicada.

Por eso los blancos no comprenden ni comprenderán jamás a los indios.

Así lo dejó ver, en forma indudable, cierto turista que acompañó en parte de su jira al jovial McEvoy.

Para dicho turista, rápido en sus juicios y desconcertado por el ambiente, el indio guatemalteco no pasa de ser un ente perezoso e incurablemente enfermo de apatía, ya que no abriga esas desorbitadas ambiciones, propias de la gente de blanca tez y dinamismo formidable. Pero no acababa de externar esa observación cuando tropezó su vista con un pesado bulto del que un indio, diminuto y débil al parecer en ese instante se descargaba.

El malicioso McEvoy rogó a su compañero de excursión se tomase el trabajo de levantar aquel bulto; lo que ciertamente intentó, pero que a pesar de todos sus esfuerzos no pudo conseguir.

Aquellos indios no eran según eso, tan perezosos como él con ligereza supuso.

Creció su asombro cuando McEvoy le hubo explicado que aquel indio, cuyo dinamismo había puesto en duda, había venido caminando con el pesado fardo auestas, durante varias horas y en un penoso recorrido de muchas leguas a través de la serranía.

El terco turista no se dio por vencido, sino que aludiendo, sin duda, a esa tendencia del indio a conservarse fiel a sus tradiciones de frugalidad y de moderación, al no salir de su paso al no dejarse contagiar por las costumbres

de febril actividad del blanco, insistió, rabioso, en su crítica: “Pero eso no es progreso —gritó—. ¡Viviendo así no se puede ir a ninguna parte!”

McEvoy, irónico, le contesta: “Pero cómo ¿para qué demonios quieren ellos ir a ninguna parte, si aquí, donde están, son felices?”

Las sorpresas continúan. Pasa bailando un grupo de indios, que a poca distancia interrumpe su baile para lanzar al espacio algunas docenas de cohetes.

“Quizá tenga usted razón en sus críticas —asevera McEvoy irónicamente—. Quizás lanzar bombas atómicas sea progreso, y quizá quemar unos pocos cohetes inofensivos, por el solo placer de quemarlos no sea progreso sino retroceso y barbarie.”

Vencido a medias el turista murmuró: “¡Caramba! Tal vez en la vida de estos hombres hay algo...”

“Algo —repuso McEvoy— que a nosotros nos convendría muchísimo aprender. Ellos han hecho más que librarse de la necesidad: SE HAN LIBERTADO DE LA AMBICION.”

En estas pocas palabras está todo el secreto, allí está toda la diferencia, todo el contraste, entre las dos culturas: entre la cultura dinámica y arrolladora (iba yo a decir “devastadora”) y la otra cultura, parsimoniosa y quieta, reposada y estoica, que odia la aventura y la brusca innovación, que sólo tiene fe en la tradición, en la segura prudencia y sabiduría de los viejos, de los antepasados, expertos creadores de los usos y de las buenas costumbres.

Pero como para los prejuicios o para las prevenciones, o para la especial idiosincrasia del hombre del Occidente, resulta incomprensible e inaceptable esa postura de desprendimiento, de austeridad y de renunciación, cabría tal vez insinuar una tercera forma de entender la vida: la menos practicada en el día pero que fue, sin embargo, la que nuestros abuelos o nuestros padres consiguieron y entendieron: la vida sencilla, sin fausto y sin grandes exigencias, sin inquietudes ni apremios, sin prisa para subir y para atesorar. O dicho de otro modo: esa orientación de la vida hacia la consecución del bienestar, no de la opulencia; de la paz hogareña y de la quietud interna, que jamás se compararán con esa manía del lucro a toda costa, con esa obsesión de las fastuosidades, con ese delirio febricitante que acaba por enloquecer la hombre, a fuerza de exigirle el desgaste y la disipación de sus energías, con la sola finalidad, por el solo prurito de la adquisición de un puñado de monedas, de una fortuna precaria, o de la satisfacción de vanidades pueriles, de goces efímeros que no vale la pena alcanzar si ello ha de ser a costa de la salud del cuerpo y de la quietud del alma.

## EL PROBLEMA DE LA FAMILIA<sup>86</sup>

Todos los días se repite que la familia es la base de la sociedad, y ello no obstante, ningún esfuerzo serio se hace para mejorarla. Se insiste, por el contrario, en sostener absurdas leyes sobre el divorcio y algunas otras —enseñanza sin Dios, restricciones a la autoridad marital y paterna— que sólo sirven para relajar los vínculos familiares.

Más importancia se da al sindicato o al gremio, a la lucha de clases, a la industrialización, y en general, a cuanto se refiere a intereses puramente económicos, que a todo ese conjunto de valores espirituales que sólo en la familia encuentran asilo y refugio, acomodo y fomento.

Y si alguna vez el publicista o el sociólogo se ocupan de la familia, es para desnaturalizarla, para arrancarle su sentido ético, para ponerla al servicio de tantas tontísimas concepciones cuyo sólo mérito, muy dudoso sin duda, es el de ser modernas, absolutamente modernas, o sea destructoras del sentido moral y de las más respetables tradiciones.

Así lo hace notar, vigorosa y valientemente, un sociólogo de verdad, ya alguna vez citado y comentado por nosotros: Mr. Carle C. Zimmermann.

Después de demostrar con datos estadísticos irrefutables la decadencia cada vez mayor de la institución familiar; después de poner a la vista datos tan reveladores como éstos: en las ciudades de la Estados Unidos por cada cinco nacimientos se registran dos abortos, y por cada mil matrimonios, doscientos setenta y cinco divorcios legalmente declarados; después de comprobar que la degeneración y el aflojamiento de los vínculos familiares son en las sociedades modernas tan graves tan escandalosos como lo fueron en las peores épocas de Grecia y Roma, plantea esta afirmación de gran fuerza: “los dirigentes del racionalismo moderno siempre se han encontrado, siempre han figurado en movimientos contrarios a la familia”.

Pero no es esto lo peor, sino que las doctrinas sociológicas que acerca de la familia han sustentado y sustentan los publicistas contemporáneos,

<sup>86</sup> *El Universal*, 8 de enero de 1947.

desertores del ideal cristiano, sostienen en forma sistemática, no que la familia sufre un proceso de decadencia (como es innegable), sino que “ha ido ella mejorando cada vez más, que se ha ido aproximando a su estado ideal y que, en buena proporción, se encamina hacia el pináculo de su perfección...”

Se comprende hasta dónde semejante propaganda “científica” contribuye a agravar el mal que se padece.

A esta singular manera de invertir el planteo del problema, la considera Zimmermann como “la más notable falacia intelectual de todos los tiempos”, y al sostenerlo así no incurre en exageración ni en hipérbole.

No puede darse, en efecto, mayor falacia que la de llamar progreso a lo que es visible decadencia, y permitirse la afirmación de que algo que se corrompe, es algo que se perfecciona y eleva.

Pero así andan las cosas en esta singular época en que todas las enormidades y todas las aberraciones tienen cabida.

Por algo anuncia la Escritura que vendría una época en que el vicio sería calificado de virtud, a lo bueno se le tendría por malo, y a lo depravado por óptimo y excelente.

Porque aquí radica todo el mal, aunque la falsa ciencia no quiera confesarlo: en el abandono de los ideales éticos del cristianismo.

Con bastante claridad lo insinúa Mr. Zimmermann, cuando alude a “la ineficacia de los ideales morales inculcados a la juventud”, y cuando denuncia este otro hecho, paralelo al anterior: el hecho de que “las adhesiones a la doctrina moral del cristianismo han mermado mucho”.

A este abandono de la tradición cristiana tenía que suceder las más dolorosas consecuencias: en la teoría, la elaboración de sistemas que negando validez al contenido ético del cristianismo, en lo que a familia concierne, tenían que preconizar una mayor y más peligrosa libertad en las relaciones sexuales, el divorcio fácil como una de tantas consecuencias o implicaciones, y junto con él, la eugenesia, el control de la natalidad, y aun, en ciertos casos, la licitud del aborto. O en otros términos: lo contrario precisamente de lo que la moral cristiana predica.

Al hablar de moral cristiana me refiero, más concretamente, a la moral católica, ya que, por desgracia, hay sectas dentro del cristianismo que han llevado demasiado lejos sus contemporizaciones con la liviandad contemporánea.

A estas sectas poco escrupulosas quiso, a mi entender, referirse el mencionado señor Zimmermann cuando en uno de los más trascendentales pasajes de su bien sugestivo estudio asienta:

“hoy en día es muy importante que la Iglesia presente claramente a la sociedad los ideales éticos en que ha de asentarse la familia, y no que, por el contrario, trate de adquirir popularidad celebrando una componenda con las tendencias antifamiliares de nuestras clases burguesas e intelectuales. Si conserva su doctrina sobre la familia, por lo menos se quedará con algo; pero si ductiliza esta doctrina, contemporizando con los cambios presentes que acaecen en la familia, con el propósito de conservar el favor de las clases dominantes, no tendrá con el tiempo ni amigos ni doctrina.”

Apreciaciones son éstas que por su sinceridad y exactitud no admiten objeciones; si bien convendría aclarar que ellas no afectan en modo alguno a la posición de la Iglesia Católica, la cual ha sabido en el curso de los siglos mantenerse ajena, de modo invariable, a todo el género de componendas o contemporizaciones, en cuanto atañe a la santidad de la familia y al firme sostenimiento de sus principios tutelares.

Fuera de esta salvedad, bien poco hay que añadir a las vigorosas tesis del apreciable señor Zimmermann.

Con él habrá que estar de acuerdo en muchas cosas, y ante todo, en ésta: que nunca se insistirá bastante en pedir que “los investigadores PROCUREN ENTENDER la importancia que una doctrina ética tiene para el sistema social”.

Parece esto una vulgaridad, un simple lugar común, y sin embargo, pocas cosas hay de tanta trascendencia.

Si alguien lo duda, basta repetir con Zimmermann: “EL SIGLO XX ES MAS O MENOS INMUNE A LAS PREDICAS MORALES.”

No hay cosa que con más urgencia necesiten las sociedades contemporáneas, como el dedicar toda su atención, todo su empeño, al reajuste de las relaciones familiares sobre la base de normas macizas e incontrovertibles; ya que es en la familia en donde se forma la conciencia moral del hombre.

Si en los sistemas sociales de Occidente se ha extendido tanto la violencia que ha llegado hasta los peores extremos de la carnicería y del exterminio, esto se debe —afirma Zimmermann— a que la inhumanidad de nuestra época es producto en gran parte, de la decadencia familiar. No a otra cosa hay que atribuir el debilitamiento cada vez mayor que se nota en la “capacidad universal de simpatía humana”, en esa capacidad para conmoverse ante el dolor ajeno que constituye “la marca esencial de la civilización” y que hoy está por agotarse.

Tal es, al menos, la tesis de Zimmermann.

Ello no obsta para que él reconozca como factor igualmente decisivo, ese afán inmoderado de lucro, ese casi incontrolable impulso hacia la ganancia excesiva que forma otra de las características de nuestra aparatosa civilización, a despecho de sus alardes de adhesión a los más altos principios de cultura.

La reforma de la familia, y con ella de la sociedad, no ha de lograrse —subraya Zimmermann— con el engañoso y superficial remedio de la expedición de leyes penales, incapaces de suyo para penetrar hasta las raíces del mal. “La vida familiar no puede legislarse... No puede obligarse a la gente a que haga lo que no cree que debe hacerse. La gente debe que entender primero una cosa y creer en ella, antes de que la haga, en especial tratándose de un asunto tan delicado como la vida familiar.”

¿Y quién hasta ahora ha descubierto —es mi pregunta— un sistema moral eficiente y de prácticos resultados, que no se apoye en convicciones religiosas de sólido arraigo?

## HAMBRE Y SED DE JUSTICIA<sup>87</sup>

En uno de sus mejores discursos y encarándose en cierto modo con la autocracia porfirista don Justo Sierra, el ilustre educador dejó escapar una frese, eco del dolor popular y luminosa síntesis de nuestra historia.

“El pueblo mexicano —dijo— tiene hambre y sed de justicia a eso se reduce bien vista, la historia de México. En esos dos renglones quedan descritos, aclarados y explicados los siglos que pasaron, la época presente y la etapa de reparación que reclama de modo imperioso el porvenir.”

Hambre de justicia en el pasado, sed de justicia en el presente, anhelo y exigencia apremiante de justicia en el inmediato porvenir.

Hace dos o tres semanas estuvo en México un turista norteamericano, que al recorrer diversas zonas indígenas y enterarse del aspecto de miseria, de desolación y de abandono que ellas ofrecen, exclamó: “¡qué gobiernos los de México!, ¡qué gobiernos que en 400 años nada ha podido hacer para levantar de su postración al indio!”

Los hechos y las situaciones históricas están a la vista. Trescientos años corrieron de gobierno colonial, inspirado, según ciertos historiadores insinúan, por las máximas del cristianismo, cuando en realidad era y fue siempre la codicia lo que impulsaba a los dominadores; siguieron cien años de gobierno de criollos y mestizos, y el ciclo fatídico dentro del cual todo se ha conjurado contra el indio, se ha prolongado por otros treinta y seis años de gobiernos que, titulándose revolucionarios, se han mostrado incapaces o impotentes para dar cima a la empresa regeneradora, y aun, a veces, no han hecho otra cosa que agravar con infames prevaricaciones, y hacer más doloroso el calvario del indio.

Continúa la noble raza esperando justicia. Hoy como ayer sufre callada su dolor; recibe, si acaso, promesas; se embriaga y aturde con palabras; pero la redención esperada, y tantas veces ofrecida, no llega jamás.

87 *El Universal*, 12 de febrero de 1947.



Revoluciones van y revoluciones vienen —exclamaba un constituyente ilustre—, los códigos y las constituciones se abultan; los gobiernos se suceden los unos a los otros, y ello no obstante, la gran masa de la población, la que trabaja y da de comer, ni alcanza bienestar, no obtiene justicia, ni conoce otra cosa que las cargas y las obligaciones, jamás los derechos, ni la justicia, ni menos la libertad.

El nombre de los explotadores es lo único que cambia: ayer se le llamaba jefe político, mayordomo, capataz, hacendado, despojador de tierras; hoy se denominan diputado local, agente del gobernador, presidente o secretario municipal, representante del banco, delegado de organización ejidal, cacique pueblerino, ¡que sé yo cuántas otras aterradoras denominaciones más!

En las ciudades sucede lo propio. Ayer eran los malos tratamientos y los salarios de hambre. Hoy son los precios exorbitantes de la carne, del azúcar, de la tortilla, y del pan. Hoy privan la dictadura de los monopolios y la iniquidad de los hambreadores más funestos y más odiosos que los jefes de industria o los magnates del porfirismo.

Los derechos y los hermosos postulados están escritos en las leyes, pero ¡la realidad vivida cuánto dista de las ofertas constitucionales, de las plataformas de los partidos, de las bellas promesas de los discursos!

Se erigen edificios monumentales, se hermosean las grandes urbes, se construyen con formidables costo presas y canales, carreteras magníficas y locales, más o menos adecuados, más o menos y suficientes para escuelas; pero —cabe preguntar— ¿esto calma el hambre física del pueblo, satisface la sed espiritual de justicia del ciudadano, redime al postergado, alivia la situación del paria?

No. El pueblo no se conforma, no queda satisfecho con solo las obras materiales. Esa es la cantinela y el programa de las dictaduras. Tampoco le seduce el progreso artificial, la hinchazón enfermiza de las metrópolis. Menos lo convence esa forma vertiginosa y casi siempre criminal, de improvisar gigantescas fortunas que de la noche a la mañana convierten en próceres y señores de alcurnia a quienes la víspera se confundían en la masa común de los hombres de la calle.

México, que se siente maduro para la democracia y para el gobierno propio, está necesitando ya, y pidiendo por convicción y por instinto, UNA REVOLUCION MORAL Y CIVICA; no por cierto una revolución armada, no actos de sangre y de violencia, sino justamente lo contrario: una transformación radical y honda, así en lo político como en lo social, que depure a la vez que enaltezca, que limpie de impurezas y de mezquinidades el ambiente gubernativo, que encumbre no a los peores sino a los mejores,

que haga justicia y no que premie la deshonestidad y el impudor; que ponga fin al imperio del derroche, del cohecho y de la concusión; que marque el “hasta aquí” a esa serie de escándalos, destructores de la moral pública y grave peligro para la moral privada, con que día a día llenan de oprobio a la administración y a la República, personajes y personajillos, políticos y politicastros a quienes la fuerza de la publicidad o el curso de los acontecimientos llega al cabo a exhibir en su atroz y repugnante desnudez.

Esa revolución moral que urge, debe consistir en que reine la justicia y no la arbitrariedad en las relaciones sociales; que se castigue, no sólo a los de abajo, sino también a los de arriba; que no queden jamás impunes los delitos de los poderosos, sancionando especialmente a cuantos abusan de la fuerza que les dan los cargos públicos; que se aplique todo el rigor de la ley a los negociantes que acumulan millones a costa de la miseria de las multitudes; que cesen o enérgicamente se repriman esos ejemplos de prevaricación y deshonestidad que a gran prisa están prostituyendo a las nuevas generaciones, al inducirlos a imitar a la gente adulta, encumbrada y galardonada por la ausencia de probidad; y para decirlo de una vez, que los puestos gubernativos, altos y bajos, no sigan siendo escuela y cátedra de inmoralidad, ya que nada perjudica tanto a las buenas costumbres como el ver premiados con los gajes del poder y los honores del triunfo, a los que no tiene otro mérito que el de una pavorosa falta de escrúpulos.

Mientras la justicia no vuelva a ser entre nosotros lo que es y debe ser, lo que constituye su esencia: dar a cada uno lo suyo; esto es, castigo para el delincuente, sin distinción de categorías, de honores, premio y gratitud para los hombres de conciencia recta y de conducta honorable; de nada han de servir las mejoras materiales, las obras decorativas, el embellecimiento exterior de las urbes, ni las hermosas carreteras, ni las presas ni canales, ni las inversiones ostentosas en montañas o inmensas amazonas de fierro y de cemento.

A esta restauración de la justicia y a esta rehabilitación de la moral pública deben de encaminar sus esfuerzos los pro hombres de la actual administración, máxime cuando a ello los obliga, sin excusa, su amplia preparación intelectual.

Deben ellos con una actuación reparadora y ajustada en todo a la equidad, restablecer el equilibrio en las conciencias y demostrar con hechos palpables que su eficiencia y su rectitud en lo moral llegan al mismo nivel que la cultura de su intelecto.

Esto, ni un punto más ni un punto menos, les pide en su desesperación el pueblo de México. Así y sólo así podrán saciarse el hambre y sed de justicia que el desde tiempo inmemorial padecen.

## ESTADISTAS Y TECNICOS<sup>88</sup>

Parece que el entusiasmo, un poco ingenuo, que algunos mostraban por los técnicos o en favor de los técnicos, va pasando ya o, por lo menos, ha ido disminuyendo o entibiándose en forma visible.

La actuación dentro de la cosa pública, de esos afamados especialistas, no ha correspondido en modo alguno a lo que de ellos esperaba.

A los que no somos ni técnicos sino simples mortales, no ha dejado de sorprendernos la falta de iniciativa de esos señores su incapacidad, v. gr.: para abatir los precios de toda clase de artículos, especialmente los de primera necesidad, convertidos en inaccesibles para las personas de pocos recursos.

Hasta los más miopes y los menos especializados vemos y sabemos que son la Nacional Distribuidora y los procedimientos de las instituciones de crédito ejidal, dos de los principales factores del encarecimiento de los víveres; y sin embargo, los muy estimables señores técnicos que en el gobierno predominan, no han sido capaces ni de suprimir la Nacional Distribuidora, cuyo escandaloso fracaso ha sido notorio no de corregir los vicios e irrisorios métodos de usura y de extorsión que el banco ejidal y sus agentes utilizan para explotar sin piedad a los infelices campesinos, quienes ven, sin poderlo remediar, cómo los artículos que ellos producen y por los que reciben cantidades irrisorias, son vendidos poco después a preciosos altísimos, exageradamente superiores a los que a ellos, los trabajadores del ejido, les fueron pagados; interminable sería señalar otros yerros y otras omisiones.

¿Para qué hablar de la inflación monetaria, otro de los factores determinantes de la general carestía? ¿Y para qué recordar, una vez más, el hecho apenas creíble de que, siendo México el gran productor de oro y de plata y el que debería devolverse sin demora su antiguo y estupendo sistema monetario —el de los “PESOS FUERTES”, con alta y fortísima proporción de plata, no con ley baja y de ínfima calidad—, presenciemos, no obstante

88 *El Universal*, 26 de marzo de 1947.

el escándalo de que en nuestro país rija un sistema monetario a base de papel emitido por miles de millones y, por lo tanto, absolutamente despreciado y depreciado?

¿Para qué insistir sobre esa monstruosa inflación y sobre los deliberadamente altos y casi prohibitivos aranceles, a cuya sombra se encubían y fantásticamente crecen las principescas fortunas de los magnates de la política, de la industria y del comercio?

Todo esto que ve el más modesto hombre de la calle, la más humilde de las gentes del pueblo, pasa, al parecer, inadvertido para los grandes especialistas. O si ellos llegan acaso a percibirlo, no demuestran habilidad o decisión bastantes para aplicar el remedio, la solución que corresponda.

Esto nos conduce a la siguiente afirmación que algunos calificarán de necia o de atrevida: no es quizá la administración confiada de modo exclusivo a los técnicos, la mejor de las administraciones.

Al que gobierna, no le basta ser técnico o estar especializado en alguna disciplina. Necesita, además, una clara visión de conjunto, como certeramente lo ha precisado, en estas mismas columnas de EL UNIVERSAL, un hombre que, por fortuna para él, no es especialista pero sí poseedor de iluminadora experiencia. Me refiero a don Gonzalo de la Parra, autor de muy interesante artículo en que rompió el fuego contra aquellos que, no obstante su técnica preparación, carecen de “la flexibilidad y la comprensión de hombres y circunstancias que sólo da el sentido político”.

“Los grandes gobiernos de la Historia son la obra de los grandes políticos —agrega—. El técnico resuelve en el detalle lo que el político descubrió o concibió en el conjunto.”

Verdades son éstas que la Historia, sin lugar a duda, demuestra.

No fueron técnicos, pero sí supieron elevarse a la altura de verdaderos estadistas, hombre como Carlomagno, Enrique IV, Richelieu, Mazarino, en Francia; Guillermo III, Disraeli, Gladstone y Churchill, en Inglaterra; la gran Isabel y el cardenal Cisneros, en España.

Todos ellos aprendieron el arte de gobernar, no en las escuelas ni en las academias, sino en el ejercicio y práctica de los negocios. Aprendieron a gobernar, no leyendo sino gobernando; de igual modo que el artesano aprende su oficio practicándolo; lo mismo que el escritor aprende el suyo escribiendo.

Entre nosotros, los casos más notables, en ese sentido, nos los ofrecen Benito Juárez, muy inferior a don Sebastián Lerdo en instrucción y en capacidad, gobernó mejor, mucho mejor que Lerdo. ¿Por qué? Porque

Juárez pidió a la observación y a la experiencia sus métodos y sus recursos para actuar; en tanto que Lerdo se atenía más bien a teóricas concepciones, a ideas preconcebidas (su clerofobia, v. gr.) y a escrúpulos librescos (su inacción frente al libertinaje de la prensa y ante los actos subversivos de sus adversarios).

En cuanto a Porfirio Díaz, cuya preparación académica era casi nula o por lo menos insignificante, superó a sus doctos colaboradores en todas las sutilezas y complicaciones del arte difícilísimo de gobernar; a extremos tal, que es ya lugar común en nuestra literatura histórica el de que, apenas Porfirio Díaz, cesó de ajustarse a su personal criterio y se dejó conducir por los prejuicios doctrinarios de aquellos teóricos impenitentes que se llamaron “los científicos” (deslumbrados y extraviados por las aparatosas doctrinas de la economía y del liberalismo entonces en boga); apenas esto sucedió, la administración porfirista entró en un período de descenso, de declinación y de marasmo que al fin produjo la estrepitosa y trágica caída.

En la era posterior a 1910, es la figura de Obregón la que con mayor elocuencia confirma la tesis que con toda convicción sustento. Forjado él a golpes de martillo en la fragua ardiente de la Revolución, recibió de la tragedia enseñanzas tan hondas que acabaron por convertirlo en el más astuto de los hombres, en el más sagaz y atinado de los gobernantes. Jamás la Revolución ha dado, y difícilmente dará, otro que en esos aspectos lo iguales o siquiera se le parezca.

Claro que el estadista de verdad, el político de penetración y de altura, necesita técnicos como colaboradores; pero hasta allí llega la misión de éstos: colaborar, pero no dirigir; servir de valiosos auxiliares para la ejecución de los proyectos básicos, pero no usurpar el puesto de los hombres capaces de fijar el rumbo.

Esta última función —la de guías y directores de pueblos— corresponde a los hombres de espíritu realista, a los acuciosos observadores de la vida y sabios manejadores de las complejidades en que ésta abunda, a esos seres excepcionales nacidos para la acción, agudizados por el contacto con los hechos, aleccionados por las enseñanzas que se desprenden de los ensayos mal conducidos, de las experiencias mal hechas, y guiados sobre todo por esas intuiciones casi adivinatorias que sólo visitan a los muy contados poseedores del don de mando y de gobierno.

Junto a los hombres de la especialización y del detalle, deben sentarse a coordinar y a dirigir, a dar el tono de la política y el programa de la acción, los hombres que sepan abarcar en su conjunto hechos y problemas, percibir al primer golpe de vista tropiezos, complejidades y repercusiones.

## HAY QUE IR HASTA EL FIN<sup>89</sup>

Los viejos opositores, los que desde hace decenas de años venimos clamando por la desaparición de los abusos y la abolición de los cacicazgos, estamos asistiendo al vigoroso despertar de la energía cívica, que ahorrada y adormecida por la acción de la dictadura, empieza a demostrar que no está ya dispuesta a mantenerse impasible ante la violación del derecho ni ante el derrumbe de las cívicas libertades.

La desaparición de los poderes de Tamaulipas, la caída de un mal gobierno solapador de vulgares y escandalosos atentados, es un triunfo, no del gobierno federal, que tuvo que ceder ante la presión formidable de un pueblo enardecido, sino de la opinión pública, de los voceros del periodismo nacional, de los componentes de la masa ciudadana, de todos aquellos, en fin, que prepararon, sostuvieron o dieron forma a la viril y unánime protesta, hasta conseguir que traspasando ella los límites de nuestro territorio, culminase en un verdadero clamor continental, ante el que nada pudieron las resistencias de las camarillas ni las bien claras vacilaciones de ciertos órganos gubernamentales.

La actitud absolutamente decidida del pueblo entero de Tamaulipas, los mítines vibrantes, las múltiples manifestaciones de indignación a punto de convertirse en rebeldía, los primeros y robustos brotes de movimientos bélicos, no menos que el anuncio de una formidable concentración de grandes contingentes cívicos, que partiendo de los más diversos puntos del Estado, habrían de reunirse en la capital tamaulipeca, en actitud, no ya de pacífica protesta, sino de reivindicación amenazante, hicieron comprender al gobierno del Centro que era absurdo provocar la explosión de actos de violencia incontenible, si a un pueblo llevado al paroxismo, se le cerraba torpemente el camino de la legalidad y de las pacíficas soluciones.

89 *El Universal*, 16 de abril de 1947.

Fue la presión vigorosa de la nación entera, Fue la protesta continental, solidarizada con el viril empuje del pueblo mexicano, lo que determinó la acción justiciera del gobierno.

Los poderes de Tamaulipas han sido barridos por la indignación nacional. Al gobierno del Centro tocó ejecutar lo que la República en masa estuvo exigiendo durante dos semanas.

Pero la responsabilidad de los poderes federales no se detiene allí. Están ellos obligados, no sólo a reprimir, sino a prevenir también, a evitar que hechos semejantes se repitan en el futuro.

Y esto, sólo de una manera puede conseguirse: con el castigo ejemplar de los culpables, cualquiera que sea su categoría.

Si en este caso, como en tantos otros ha sucedido, la impunidad vuelve a hacer sentir su acción corruptora y de contagio, la cadena de los atentados no se cerrará; nuevos crímenes se desarrollarán en serie interminable.

La falta de castigo en el caso monstruoso de León ejerció influencia indudable en el ánimo de los caciques que, engreídos con un poder que creían omnímodo, provocaron los sucesos de Tapachula, los de Oaxaca, los de Llera y muchos otros más que no por menos escandalosos o visibles han sido menos abominables.

La falta de castigo en el último y más reciente caso de Villasana, induciría o llevaría como de la mano a muchos tiranuelos y a sus cómplices, a imitar o a repetir la feroz hazaña.

Ello sería tanto más seguro, cuanto que los alentaría la consideración de que sus crímenes habrían de ser juzgados por tribunales o jueces sujetos a la consigna del protector común: el gobernador de la entidad, cómplice, coautor o encubridor casi siempre de los actos criminales o ilícitos de sus subordinados.

De allí la urgencia, en la que multitud de veces hemos insistido, de reformar las leyes secundarias, y si preciso fuere, la Constitución General de la República, a fin de someter a la jurisdicción de los jueces federales el conocimiento de todas las violaciones o atentados contra las garantías individuales, en que incurran las autoridades superiores o inferiores de la provincia.

No hacer esto equivaldría a dejar el problema en pie, a permitir que continuase la administración de la justicia en manos de quienes nunca, en esas condiciones, han de impartirla.

Las cosas no pueden ser más apremiantes ni más claras.

Agobiados por una serie interminable de atropellos y atentados cuya magnitud y proporciones crecen de día en día, los desventurados pueblos



de la República se plantean esta interrogación desesperante: ¿Hasta cuándo seguiremos viviendo bajo el régimen de la mentira institucional? ¿Hasta cuándo la justicia federal, creada precisamente para mantener y hacer respetable el imperio de la ley, para cuidar de la vigencia efectiva del orden constitucional, habrá de obstinarse en esa actitud de abulia y de inercia, que sólo es buena para propiciar la indefinida continuación de esa ya intolerable secuela de crímenes y monstruosas transgresiones?

Sólo un tendencioso teoricismo empeñado en repudiar los hechos y en desconocer la realidad, puede permitirse el lujo de invocar la soberanía de los Estados como obstáculo infranqueable para el ejercicio de una acción justiciera.

¿Puede alguien seriamente afirmar que es la soberanía de los Estados la que está de por medio en asuntos y casos donde sólo militan los bastardos intereses de odios e impopulares oligarcas que en vez de representar aquella soberanía, la usurpan y la deshonoran?

Si tal es la verdad, no hay que dejar las cosas a medias; hay que ir hasta el fin, y para ello no vacilar en reformar la propia Constitución, si preciso fuere, con tal de conseguir que sean los tribunales de la Federación los que se avoquen desde su origen al conocimiento de todos aquellos casos en que los derechos más sagrados del hombre, como lo son las garantías de la vida, del patrimonio y de la propiedad, son despedazados o escarnecidos por tiranuelos sin conciencia.

Y entretanto esa reforma llega a ser una realidad (pues hasta aquí se reduce a un simple conato), urge que el nuevo gobernador de la entidad tamaulipeca haga honor a la confianza que en él se deposita, agotando hasta en sus últimos detalles la averiguación relativa al caso Villasana y extendiendo la acción de la justicia, sin pretextos ni vacilaciones, hasta el total esclarecimiento de los atentados ocurridos en Llera, en donde se derramó también la sangre generosa de los defensores de la autonomía municipal y de los derechos del pueblo.

Sólo así empezará a creer la nación que una nueva era se abre.

## LOS NUEVOS RICOS<sup>90</sup>

Creo haber demostrado en el artículo anterior que nuestras clases directoras estuvieron muy lejos de cumplir con su deber en el pasado.

¿Han cumplido y están cumpliendo con sus obligaciones en la actualidad? Todos sabemos que no.

Hay seguramente nobles y ejemplares casos de excepción. Existen a no dudarlo, empresarios y capitalistas plenos del sentido de humanidad, que de corazón se interesan por el mejoramiento de sus trabajadores, a los cuales no sólo favorecen proporcionándoles buenos salarios, atendiéndolos eficazmente en sus enfermedades y velando por la salud y por la vida higiénica y decorosa de sus familias, sino que también acuden a sus necesidades de orden moral proporcionándoles facilidades para instruirse y medios honestos de diversión y de recreo que los aparten de costumbres o hábitos viciosos. Hay también ricos que fundan asilos, escuelas, hospitales u hospicios, o contribuyen en forma generosa para su sostenimiento.

Pero frente a esos casos de excepción, ¿cuál es, en términos generales, la conducta de los jefes de industria y de los hombres pudientes?

Egoísmo, sed de placeres y exagerado afán de lucro, es lo que caracteriza, en general, dicha acción. Ningún interés efectivo por los trabajadores, ningún esfuerzo para mejorar en verdad la condición de éstos.

¿Qué hicieron y siguen haciendo nuestros ricos, los nuevos magnates, los políticos y los especuladores que a la sombra de la guerra y del favor oficial acumularon inmensas fortunas y recogieron beneficios fantásticos?

En vez de contribuir a la fundación de obras de beneficencia o asistencia social, de establecer patronatos, de proporcionar a sus obreros mejores condiciones de vida (habitaciones baratas e higiénicas, centros de esparcimiento y de recreo, posibilidades de economizar y de cultivar su sentido moral y su intelecto); esos grandes favorecidos por la fortuna se han dedicado —y eso lo hemos visto— a escandalosas ostentaciones de lujo y

90 *El Universal*, 2 de julio de 1947.

de opulencia, al derroche de sumas cuantiosísimas en mesas de juego, CABARETS y RESTAURANTS, a la construcción de suntuosos edificios, verdaderas mansiones principescas, que constituyen otros tantos ultrajes a la general miseria.

¡Y vaya si han sido cuantiosas las ganancias obtenidas!

Se habla de empresas mercantiles que han realizado beneficios a razón de mil por ciento al año, en el no breve período de la guerra, y de fábricas que obtuvieron en un año utilidades mayores que el monto del capital social. Esto último, lo asegura el licenciado don Luis Garrido en artículo que “El Universal” recientemente publicara.

La voz de la calle alude también a negociaciones dedicadas al ramo de ciertos productos alimenticios que, durante algún tiempo estuvieron ganando alrededor de treinta mil pesos diarios —¡utilidad neta, cubiertos todos los gastos!

A la sombra de los magníficos negocios realizados durante la guerra, el número de millonarios existentes en todo el país ha llegado a ser de varios millares, ¿y qué hicieron qué han hecho ellos con esos millones tan fácil y cómodamente obtenidos? ¿Dónde están las obras de utilidad social, de mejoramiento colectivo o de amparo y apoyo a sus trabajadores, que hayan esos grandes señores emprendido o siquiera intentado?

Lo único que a esos nuevos ricos ha preocupado, es aumentar sin escrúpulo alguno sus ganancias, disminuir sus costos de producción, aunque ello se traduzca en detrimento de la justa remuneración de sus operarios; usufructuar a todo su sabor la situación de privilegio o de monopolio obtenida al amparo de la protección oficial, y realizar la venta de los productos de sus empresas o de los efectos ilícitamente acaparados, a precios cuya elevación nada justifica; sin importarles que ello sea a costa de la explotación y de la miseria de la población consumidora.

De nada ha servido la experiencia de otros países, en que abusos y excesos análogos han producido la aparición y el auge del comunismo; de nada han servido las exhortaciones de la clase sacerdotal en el sentido de que refrenen su codicia. Nuestros ricos y nuestros voraces políticos y hombres de negocios permanecen ciegos y sordos; no atienden a los dictados de la humanidad, no son capaces de percibir hasta dónde los conducirá su desenfreno. El ansia de lucro ilimitado les produce vértigo y no les deja oír las voces de amonestación que señalan el peligro y anuncian lo que pueden convertirse en catástrofe. Porque si hay algo evidente, es que un pueblo con hambre, es capaz de todo, y en los días que corren, el hambre la están

produciendo los monopolios, el mercado negro y la escandalosa elevación de los precios.

De nada sirve que un artículo cualquiera abunde: su precio sigue siendo el mismo. ¿Qué sucederá, por lo tanto, con los artículos que escasean?

Ínútiles han sido hasta ahora cuantos esfuerzos ha hecho la administración pública para determinar la baja de los precios. La codicia y la avaricia de los comerciantes, grandes y pequeños, se muestran irreductibles. Ni las amenazas, ni las multas, ni los decretos, ni la reglamentación bastan. Han transcurrido quince o más años desde que se inició ese encarecimiento de la vida que ha llegado ya hacerse insoportable, ¿Y que cosa eficaz y seria han hecho nuestros gobernantes para detener o destruir la inflación? Sólo han sabido amontonar errores sobre errores, ponerse en ridículo con medidas absurdas o contraproducentes y crear instituciones con el malhadado Banco de Crédito Ejidal o las famosas Reguladoras y Distribuidoras que sólo han servido para crear monopolios oficiales, destruir toda posibilidad de competencia y llevar la crisis alimenticia a un extremo que causa pavor.

Sería pretender engañarse a sí mismo el no admitir, lisa y llanamente, este fracaso rotundo de la acción estatal. No son los reglamentos administrativos, ni son los actos coercitivos —únicos al alcance de los gobiernos— los que pueden, por sí solos refrenar las sed del lucro y desenfreno de la codicia.

Para reprimir y contener esas feas y en todo sentido perniciosas manifestaciones del egoísmo humano hay que hablar a la conciencia, hay que suavizar los sentimientos, hay que reformar las voluntades, hay que hacer seguir en lo más profundo de las almas gérmenes de justicia y de amor a los demás.

¿Y quién es capaz de ese prodigio? únicamente los hombres y las instituciones que mueven los corazones con la fe —con la fe y el temor al más allá—, y pueden transformar, con los recursos de la predicación y del ejemplo, en servidores del Cristo de la misericordia a los que hoy se exhiben como vulgares adoradores de los ídolos de la riqueza y del placer.

Sólo el renacimiento del cristianismo en las almas puede redimir a un mundo convertido en pasto de todos los apetitos y en escenario para la libre exhibición de todas las concupiscencias.

El Estado, que aquí como en todas partes, se ha mostrado impotente para reprimir si quiera el alcoholismo y la prostitución ¿qué podrá hacer para combatir algo mucho más difícil de extirpar, como lo es la indiferencia de los ricos, el glacial egoísmo de los mimados de la fortuna, de esos hombres satisfechos de sí propios, cerrados contra el dolor ajeno y enamorados

sempiternos de la vanidad, de la ostentación, del poderío, de las riquezas deslumbradoras y enervantes?

Para realizar esa reforma del hombre interior, cien veces más difícil que todas las reformas sociales y políticas, se necesita desarrollar un esfuerzo sobrehumano, que excede con mucho a la acción superficial y efímera de los hombres de gobierno. Se necesita para ello una generación de apóstoles que iluminados por la fe y sostenidos por la caridad, realicen una acción intensa y profunda de reforma individual y social de índole y contenido evangélicos, y en la que participen en cada país y en cada región, muchos millares de creyentes.

Para el conocimiento de los detalles, de los objetivos concretos y de los procedimientos y métodos prácticos que conduzcan al éxito, no encuentro nada mejor que remitir a los que simpatizan con este apostolado, a la obra por mi tantas veces citada, “Miseria de México”, del Presbítero Pedro Velázquez H., modelo en su género y difícil de superar por su contenido abundante en sugerencias para una acción inmediata y fructífera. A ideales levantados y nobles se aduna allí un vigoroso realismo.

## LOS VENCEDORES<sup>91</sup>

Jamás olvidaré la lección que sobre historia, política y sociología práctica me dio una persona ajena en todo y por todo a la historia, a la política y a la sociología.

En un corrillo empezaba yo a expresar mi opinión sobre Hernán Cortés, cuando de pronto uno de los interlocutores atinadamente me interrumpió diciendo en forma concisa y lapidaria: “Yo no creo en Hernán Cortés por una razón casi única:... porque fue vencedor...”

Quedé a la vez convencido y asombrado. Convencido por lo vigoroso y rotundo del argumento. Asombrado, por la penetración y profundidad que dio pruebas aquel profano en materias en que especialistas eminentes de modo lastimoso desbarran.

En efecto, me dije cuando me hube quedado a solas: si Hernán Cortés triunfó, fue con frecuencia a costa de la lealtad y de la rectitud. No fue leal con su jefe y protector Diego de Velázquez; fue en lo absoluto desleal y carente de caballeridad y gratitud con Moctezuma, de cuya confianza, amistad y benevolencia abusara. Por la puerta falsa entró para suplantar al emperador azteca y hacerse dueño de sus dominios. El ilustre Fray Bartolomé, el defensor inmortal de los indios, hubo de echárselo en cara. “QUI NON INTRAT PER OSTIUM FUR EST ET LATRO” (el que no entra por la puerta, obra como ladrón) —tuvo que confesar Cortés a Las Casas al preguntarle éste que “con qué justicia y conciencia había preso a Moctezuma y usurpádole sus reinos”.

¿Y qué diremos de algunos otros de nuestros vencedores? ¿Qué decir de Iturbide, el hombre que sin ningún escrúpulo rompía juramentos de fidelidad y cambiaba de causa y de bandera según el sentido o el rumbo en que soplaban sus ambiciones? ¿Y de Santa Anna, el eterno transfuga, el veleidoso y tornadizo, el traidor a todas las tendencias y a todos los partidos?

91 *El Universal*, 20 de agosto de 1947.

Santa Anna venció seis, siente, ocho veces. Pero ¿cómo venció? A fuerza de vergonzosos malabarismos y continuas prevaricaciones; a expensas de los compromisos que ayer contraía para burlarlos al día siguiente. Triunfó por insincero y por comediante, por la consumación de actos de bajeza, de tartería y de histrionismo.

De los contemporáneos (1910 en adelante), ni qué hablar. Los hemos tenido de todos los tamaños y categorías: ambiciosos vulgares, arrivistas clásicos, logreros empedernidos, mañosos estupendos, intrigantes de genio, hijos mimados de la fortuna, astutos con sagacidad vulpina, lobos con piel de ovejas, impostores disfrazados de apóstoles, negociantes de habilidad y audacia apenas concebibles, especuladores anonadantes. Pero todos, eso sí, afortunados invencibles, maestros en el arte de apoderarse del poder y de no abandonarlo jamás.

Han vencido, sí, ¿pero en qué forma? Como lo hacen todos los vencedores: echándose los escrúpulos a la espalda, sacrificando a veces la conciencia, a veces la gratitud o la amistad, echando al olvido las conveniencias de orden moral, transigiendo con el crimen si es preciso, aceptando compromisos inconfesables, recurriendo a la genuflexión, a la prosternación, a todo género de humillaciones y componendas, si ellas son útiles o indispensables para el triunfo.

Cuando se profesa la religión del éxito, cuando se tiene como único programa el conocido y desquiciante aforismo: “en política todo es permitido y perdonado, menos la derrota”; todos los medios son buenos y todos los procedimientos aprovechables, con tal que permitan llegar a la cumbre.

Pero ¿los intereses de la colectividad? Ellos sólo cuentan si por casualidad coinciden con las miras personales o bien, transitoria y excepcionalmente en el mejor de los casos, con las miras y las exigencias del grupo, camarilla u oligarquía de que se forma parte.

Y lo peor es que, una vez en las alturas que producen vértigo, muy pronto se pierde el sentido de la realidad. La adulación y el suficientismo se apoderan del ánimo y hacen su efecto. Se comienza por molestarse con las críticas y censuras, por fundadas que sean; causan ellas después irritación, y a la postre se acaba por desdenarlas. Este ya es el período de la franca decadencia: se procuró, al principio, muy al principio, satisfacer la opinión pública, y se termina repudiándola y atendiendo sólo al consejo o a las pérfidas insinuaciones de los turiferarios, de los que mejor saben manejar el incienso y la lisonja.

Porque nada más propio que el poder para fomentar la vanidad y producir orgullo y engrandecimiento. Aun los hombres más ilustres, aun los varones más

fuerter llegan a ser víctimas de esas pasiones insanas, de esos estados de espíritu que conducen al desastre.

La historia lo ha visto con Luis XIV, con Napoleón, y más recientemente con Porfirio Díaz y con Roosevelt, dos de las más notables figuras de nuestra América.

Ambos se ensoberbecieron y se inflaron de arrogancia al final; y así fue cómo, después de aciertos indiscutibles, incurrieron en sus últimos años en yerros y torpezas que sólo se explican por exceso deplorable de egolatría.

Y si aun a aquellos a quienes el triunfo ha costado indiscutible y meritorio esfuerzo, llega la victoria a envanecerlos y marearlos, ¿qué sucederá con aquellos a quienes el azar, el favoritismo, las contingencias de la política o las simples combinaciones de grupo han encumbrado a puestos más o menos altos y llenado de honores que deslumbran, ofuscan y fascinan?

Si a un Porfirio Díaz, hombre de cualidades relevantes en todo lo que dice relación con la energía, el carácter y la aptitud para la administración y el gobierno, acabaron por envenenarlo y conducirlo al fracaso el orgullo de su posición, el engrimiento por sus triunfos, la lisonja y el cortesatismo ambiente, ¿qué daños no recibirán de la adulación, de la egolatría y del engrimiento, los que deben a la fortuna, más bien que a una labor tesonera y heroica, el rápido y deslumbrador ascenso?

¿Síguese de aquí que todos los vencedores por fuerza están condenados al fracaso? No, seguramente, si a tiempo adquieren el sentido de la responsabilidad.

Los hay que, inspirados por la conciencia de los altos deberes que les impone su cargo, realizan un esfuerzo supremo para vigilarse a sí mismos, evitando cuidadosamente ser víctimas de la ofuscación, de la concupiscencia y del orgullo que casi siempre acompañan a la posesión y disfrute del poder. Si a esto agregan la vigilancia sobre el círculo que los rodea y saben imponer a sus colaboradores la honestidad y la templanza, el cuidado del bien público y el celo por el cumplimiento del deber, podrán los que así obren, atraerse en vez de los desastres que son inseparables compañeros de la fatuidad y del engrimiento, el franco aplauso de los contemporáneos y de los pósteros, dispuestos de seguro a perdonar lo que de impuro o de indecoroso haya habido en la conquista del poder.

Pero ¡qué difícil es llegar a ese control de sí mismo y de los demás, sin los cuales las más bellas promesas y los más atractivos propósitos en forma lastimera fracasan!



## LA TRAGEDIA QUE VIVIMOS<sup>92</sup>

Magistralmente y en dos palabras, Sir Sarvapalli Redhakrishnan, Jefe de la Delegación indostánica en la UNESCO, sintetizó el fracaso de la civilización contemporánea. Hemos podido dominar la naturaleza física que nos rodea; pero nada eficaz hemos podido hacer para dominar al hombre. El control de la naturaleza humana, de los apetitos y pasiones que la integran, es algo que la civilización está muy lejos de haber conseguido.

Allí está todo el problema y allí está la tragedia.

La ciencia no ha podido conjugarse con la moral. A mayor desarrollo científico ha correspondido una cada vez más pavorosa inmoralidad.

Más aún: la ciencia moderna ha sufrido el más penoso fracaso en esa su loca y desatinada aventura de ir en pos de la creación de una “moral científica” de una moral divorciada de lo trascendente.

Y a lo dijo el ilustre sabio y filósofo Gustavo Le Bon:

“las disciplinas puramente racionales que hoy se pretende generalizar, serán siempre impotentes para dominar los impulsos instintivos... La moral que sirve de guía en la vida, reconoce otras fuentes, otros orígenes que la enseñada en los libros... El hombre verdaderamente moral no tiene necesidad de discutir su moral antes de obrar... Una moral debatida (DÉBATTUE) carece generalmente de fuerza”.

En eso están de acuerdo todos los pensadores no enfermos de intelectualismo y de espíritu libresco, todos los que de verdad conocen la vida, todos los que saben que el peor de los absurdos es aspirar a una moral sin sanción, a una moral fundada en lo puramente humano, a una ética que imponga deberes que no tengan de su parte la autoridad de un legislador supremo, libre de todas las limitaciones humanas y con derecho a dictar leyes a los hombres que a él deben su creación y su existencia.

<sup>92</sup> *El Universal*, 3 diciembre de 1947.

Mientras no se acepten universalmente estas verdades, mientras la ciencia y la falsa filosofía persistan en su engrimamiento y en su orgullo, la humanidad tendrá que pasar de una tragedia a otra tragedia, de una catástrofe a otra catástrofe.

Es inútil hacerse ilusiones sobre esto. La ciencia por sí sola, sin apoyo en lo trascendente, no salvará a la humanidad, ni controlará las pasiones, ni podrá suprimir las explosiones de la maldad y del odio.

Esto lo pudo hacer el cristianismo y sólo el cristianismo, frente a las grandes crisis de la historia.

El cristianismo doméstico, civilizó a los bárbaros, refrenó sus apetitos, dominó sus pasiones brutales. Cosa análoga hizo con el paganismo, cuyas concupiscencias sofocó o reprimió al libertar al espíritu de la tiranía de la carne.

Y en nuestro medio, en este Nuevo Mundo, ¿quién si no el cristianismo pudo redimir al indio, aboliendo la religión de la fuerza, refrenando la barbarie bélica, desterrando a Huitzilopochtli, el feroz y realizando la proeza de suprimir los salvajes sacrificios humanos? ¿Quién levantó y regeneró la familia indígena, al eliminar la poligamia que ya empezaba a propagarse?

Estos prodigios de regeneración moral son los que no ha podido, ni podrá nunca, realizar la ciencia, si continúa en su terquedad de rechazar lo espiritual y lo trascendente.

Días pasados el profesor Ciro E. González Blackhaller ponía de relieve en EL UNIVERSAL, el duro y penoso contraste entre el avance científico y el retroceso moral.

Con excepcional elocuencia describe dicho profesor el panorama de lo actual.

“El hombre se encuentra desconcertado, porque se ha preocupado hasta ahora, casi exclusivamente, por el dominio del mundo exterior; desatendiendo el problema primordial: el de su ser. Han pasado ya dos mil cuatrocientos años, del tiempo en que Sócrates afirmó que son muchos los hombres que se preocupan por conocer el mundo exterior y muy pocos, contadísimos, los que se estudian a sí mismos; y este aserto sigue teniendo hoy la misma validez.”

Vigorosamente y sin titubeos insiste, a renglón seguido, en el apasionante tópico.

“Hay que tratar de crear, por supuesto, las mejores condiciones exteriores posibles para el bienestar y la felicidad del hombre, pero sin relegar a segundo

término, por ningún motivo, la superación en la calidad moral y social del hombre, como garantía de su aptitud y de su confianza en el progreso científico.”

Y luego, para no quedarse a la mitad del camino, formula esta formidable interrogación, en la que se resume la universal tragedia:

“¿Es posible tratar de establecer un equilibrio entre el avance de la ciencia y la superación moral y social de la humanidad? Si no lo fuera, habría que renunciar a creer en el poder de la EDUCACION, porque el problema de la transformación esencial del hombre es, fundamentalmente, un problema educacional.”

Entra luego a un análisis rápido y somero, mas en todo y por todo substancioso, de los planes y de las tendencias de las instituciones educativas vigentes; análisis cuyo estudio y glosa quiero y debo reservar para un próximo artículo, dada la excepcional importancia que encierra.

Me limitaré por ahora a este comentario, de mi responsabilidad exclusiva. Jamés ni en forma alguna ha de lograrse el equilibrio que el profesor Blackhaller busca entre el progreso científico y el de la moralidad, si ese equilibrio no se basa en la apelación a las fuerzas religiosas, únicas capaces de lograr, a través del efectivo dominio de las pasiones, la superación moral y social del ser humano.

Volveré a pedir el apoyo de la autoridad filosófica y en verdad científica, de Gustavo le Bon. El dice, reproduciendo la opinión de un profesor de la Sorbona no sospechoso en modo alguno de clericalismo, según adara el propio Le Bon: “la vida religiosa implica poner en acción fuerzas que elevan al individuo por encima de sí mismo... EL CREYENTE PUEDE MAS QUE EL INCREDULO. Este poder no es ilusorio, y es el que ha permitido vivir a la humanidad...”

Para terminar, hago míos estos conceptos del señor presbítero Cantú Corro que EL UNIVERSAL acaba de publicar.

“Por encima de la educación, de la ciencia y de la cultura está la Moral. La moral no se concibe sin Religión. Y en la Religión está Dios... Sólo entonces, cuando se siga su doctrina de amor, habrá “paz en la tierra para los hombres de buena voluntad”.”

## BELGICA, NACION EJEMPLAR<sup>93</sup>

Cuando vemos el afán, el ansia loca con que muchos de nuestros contemporáneos buscan riquezas y placeres, lujo y superfluidades, honores y preeminencias, cuando la experiencia diaria nos impresiona con esa sed de lucro, con esa ausencia de sentido moral, fácilmente observable en hombres de todas las categorías, que no se conforman con lo modesto, con lo sencillo, con lo que puede en cada caso obtenerse sin mengua del decoro y sin lesión de la conciencia; sentimos la necesidad de asomarnos a otras perspectivas, de buscar y encontrar —bien sea en el ayer o en el hoy— algunas formas de vida que no desciendan a niveles tan bajos.

Con agradable sorpresa me he enterado a través de substanciosa crónica, de que esa modalidad de existencia más noblemente humana, existe de hecho y por fortuna en la católica Bélgica.

Jules de Grenoble, en crónica que publica “La Opinión” de Los Angeles, Calif., nos pone a la vista lo que pudiéramos llamar el milagro de Bélgica.

Allí perdura el respeto a la tradición de los mayores. Allí no han hincado su garra funestos SNOBISMOS, audacias exóticas o desbocadas concupiscencias. La felicidad allí únicamente se concibe dentro de la intimidad del hogar y con arreglo a los viejos y cristianos usos y tradiciones: respeto y veneración a los padres, fidelidad conyugal, moralizadora disciplina, “leyes de obediencia de paz y de hospitalidad; organización sencilla en que todo es leal y abierto, y en donde existen aun las categorías del patriarca y del primogénito”.

La finalidad de la vida no se sitúa en la adquisición de la opulencia ni en el desenfreo para el goce y el libertinaje: mucho menos, en la fiebre de la codicia insana.

“Vivir tranquilamente en su casa, construir un hogar lleno de dulce intimidad, comer bien, beber hasta la moderación lo tolere; fumar una filosófica pipa o un aromático cigarro; y si los negocios y la economía lo permiten, colgar en el

93 *El Universal*, 18 febrero de 1948.

despacho o en el comedor un viejo cuadro de impresionismo, artísticos retratos, honestas representaciones de escenas de familia, con el santo orgullo de poseer algo de arte en propiedad. A eso se reducen y en eso consisten las aspiraciones de la mayoría de los belgas. Nada estrambótico, nada exorbitante, nada que disuene, nada que evoque o que despierte bajas pasiones o demoledores impulsos.

Ni el desgano que en otros países produjo la amargura de la posguerra, ni el afán de immoderado lucro que ahí fue una de las mayores plagas; ni una ni otra cosa —nos explica Grenoble— lograron abolir en Bélgica el culto al trabajo ni el respeto al legítimo beneficio en los negocios, que siempre han caracterizado a la idiosincrasia belga.

“Bruselas ofrece al extranjero un aspecto tranquilo, de orden natural, que desconoce la amenaza y el desasosiego. El nerviosismo, la inquietud o la desconfianza que en otras ciudades europeas resaltan, no se perciben en la capital de Bélgica. Algunos extranjeros pensamos que Bruselas parece una isla del siglo XIX, laboriosa y entusiasta, en medio de la vorágine del momento presente.”

No ha podido implantarse ahí ese funesto extremismo que en las organizaciones de otros países ha logrado imponerse. Las reformas sociales funcionan en Bélgica con sentido equitativo y no con espíritu destructor.

“Los impuestos y las ganancias o beneficios se reparten con arreglo a las posibilidades de cada ciudadano. Un kilo de mantequilla cuesta mucho más barato a un trabajador clasificado como “económicamente débil”, que a un capitalista considerado como “económicamente fuerte”... El Estado reembolsa a los trabajadores la diferencia de precio de ciertos artículos que con arreglo al salario básico de ejercicios anteriores, ha aumentado.”

Lo que en definitiva se busca, es hallar un orden justo en la distribución de nuevos deberes sociales, sin que ello traiga consigo en modo alguno, el desconocimiento de los derechos y usos tradicionales que sean acreedores al respeto de todos.

Pero lo que más que cosa alguna preocupa a los moradores de ese país ejemplar, es la conservación de los fueros de la familia. Esto se observa en la propia Bruselas, en la que no obstante ser una gran ciudad, subsisten en toda su pureza las costumbre hogareñas que en otras naciones apenas sí se salvan en las pequeñas aldeas o en ocultos villorrios.

El secreto de todo radica en que los belgas no se entusiasman fácilmente con exóticas novedades o con radicalismos plenos de promesas equívocas. Así lo declara enfáticamente el juicioso Grenoble.

Esto que para nosotros constituye una revelación, nos transporta al mundo del pasado, a esa época no muy lejana, en que México no era un invadido por la fiebre del lujo, por la manía de la ostentación, por la tendencia morbosa al lucro excesivo o al enriquecimiento vertiginoso.

Vida austera la que entonces se llevaba, costumbres cautivadoras y sencillas, en que cada cual se conformaba con la modesta posición y las escasas exigencias marcadas por la tradición de probidad y el noble ejemplo de los mayores. Nadie trataba de sobreponerse con ilicitud a los demás; no se tendía a buscar ascensos en la posición o en el nivel de vida, conquistables solo a base de indignidad, de turbios negocios o de claudicaciones humillantes. Cada cual se mantenía dentro de los límites de sus recursos y de la más honesta posibilidad. Ni el hombre de la clase media aspiraba a vivir como magnate, ni el hombre acaudalado ponía su ideal en sostener una existencia principesca, para sobre salir en medio de todos y deslumbrarlos con su fastuosidad y su artificial grandeza.

Fue aquella la época de los grandes patriotas, de los magistrados integérrimos, de los funcionarios de probidad incorruptible, sobre los que no pesaba ni la sombra de una sospecha. Subían al poder con el exclusivo propósito de poner sus energías al servicio de la nación, y cuando descendían de sus cargos, sus manos se hallaban limpias: no las habían manchado ni la rapiña ni el cohecho ni la concusión ni los negocios inconfesables. A esa legión pertenecieron ilustres patricios que la historia no ha olvidado: Manuel de la Peña y Peña, José Joaquín Herrera, Mariano Arista, Melchor Ocampo, Valentín Gómez Farías, León Guzmán, Ezequiel Montes, Santos Degollado, Ignacio Ramírez, que después de haber manejado tesoros, moría en la mayor pobreza.

Los tiempos han cambiado. La fiebre del oro hace estragos entre los hombres de hoy día. Si escalan las alturas, es en busca, no del honor, no de la gloria, sino de la riqueza. Funcionarios que llegan sin recursos a una gubernatura o a un ministerio, se ostentan sin pudor alguno como millonarios, al cabo de dos o tres años de disfrute del poder. Los hay que cuentan sus millones por el número de meses que durarán en sus cargos.

No son únicamente los Funcionarios públicos los que así proceden. Igual falta de moralidad y de escrúpulos exhiben los hombres de negocios que a la sombra del gobierno especulan o que trafican escandalosamente con las mercancías de consumo necesario, con los artículos de que dependen la alimentación, la salud y la vida del pueblo trabajador.

Y todo porque han abandonado la vida sencilla y las costumbres de noble austeridad. Hoy se quiere vivir a toda prisa, amontonar caudales, consu-

mirse en orgía, agotarse en el placer, no despreciar ni un solo minuto en la conquista de la opulencia y la suntuosidad. Poco importa que para ello sea preciso sacrificar los principios y el decoro. Lo que hace falta es ascender, ascender siempre, y deslumbrar.

La edad madura da el ejemplo, impone la frivolidad, la ligereza y la despreocupación, la atrofia moral y el menosprecio para la honestidad. Arrastrada la juventud por el torbellino de malos ejemplos, se precipita por la senda que se le abre.

¡Es tan cómodo sacrificar la honradez a la posición, la moral y la rectitud a la religión del éxito!

## PORFIRISMO Y REVOLUCION<sup>94</sup>

Una de las más formidables requisitorias que contra el régimen porfirista se hallan lanzado, es la contenida en unos cuantos párrafos del elogio fúnebre que en honor del ilustre arzobispo de México don José Mora y del Río, pronunció en noviembre último el culto y el elocuentísimo canónigo Lectoral de la Basílica de Guadalupe y doctor en teología don Angel Garibay K.; elogio fúnebre que, con gran provecho para la verdad histórica, acaba de ser dado a la publicidad.

Después de hacer la exposición docta y pulquérrima de los méritos relevantes y de las campañas apostólicas del aludido alto dignatario cuando tuvo a su cargo las diócesis de Tehuantepec, León y Tulancingo, nos lo presenta el orador en una fase esplendorosa y magnífica: la de su actuación como Arzobispo Metropolitano, frente a frente de la deslumbradora y aureolada figura de Porfirio Díaz, el más habilidoso y desconcertante de nuestros ya múltiples dictadores.

A la vista del modesto prelado se levantaba, majestuosa e imponente, la figura de aquel hombre que a unos supo inspirar admiración y reverencia a otros seducir o corromper, y a casi todos, por muchos años, llenar de pavor y de terror.

“Era la hora en que el tercer imperio, —así llamaba el Padre Garibay a la dominación porfiriana— resplandecía en sus glorias... Con mejor fortuna que el imperio de Iturbide o el oropecesco del Príncipe de Habsburgo, el Caudillo Liberal había consolidado, con el nombre de República, el más duradero y constructivo gobierno de nuestra historia. Cuando el Prelado pudo meditar en esta grandeza creería oír en su corazón las palabras del profeta Daniel: “una estatua grande, de sublime estatura, se erguía frente de ti y era espantosa a la mirada”.”

94 *El Universal*, 21 abril de 1948.



El que todos llamábamos Presidente, era, en efecto, nos dice el orador, más que un rey en su solio. “Dueño de los hombres y de los destinos, estatua maravillosa, pero constituida por heterogeneidad de elementos incoherentes no fundidos en unidad, y carente de aquella vida que sólo puede dar el soplo de Dios.”

El desarrollo de la alegoría continúa en forma de insuperable veracidad y galanura, que deja ver con lucidez hasta lo más hondo de la verdad.

Aquella estatua —la del gran dictador— tenía de oro la cabeza. “Ella resplandecía en el concurso de los pueblos, con una autoridad que todas las lenguas pregonaban y con un aplauso general al milagro de la política y la potencia del ingenio administrativo.”

La plata de nuestras minas había forjado el pecho y los brazos de la estatua gigantesca, “al construir una economía potente, fecunda, de todos celebrada, pero aprovechada principalmente por los pueblos extraños”.

“¡De hierro y bronce eran sus piernas, con aquel ejército, disciplinado, digno entusiasta y apegado al Caudillo, como la trailla al amo; con aquella red de escuelas; con los alardes de ciencia, edificación de monumentos, publicación de preciosos libros! ¡Todo grande, todo imponente, todo inconmovible!”

Pero aquella estatua

“tenía los pies de barro: eran los campesinos, base de toda economía y nervio de toda nación que quiere perdurar en la Historia, vendidos como esclavos en las haciendas, cosidos a la tierra desde antes de nacer el alba hasta morir el crepúsculo, con jornadas de doce, de quince y aun de dieciocho horas y jornales de doce centavos; eran los campesinos, sin tierras y sin esperanzas, nacidos para la servidumbre y contentos con sus vicios: el alcoholismo que minaba la raza; el desenfreno de las costumbres matrimoniales, a imagen de los de arriba.”

“Tenía los pies de barro: eran los obreros de una industria en su mayor parte extranjera, adulatora del Magnate y edificadora de una economía aparatosa y brillante, para provecho sólo del capital; eran los obreros, con salarios de hambre y con tiranías de presidio, que cuando suspiraban con anhelos de reforma social, eran desterrados a los pantanos abrasadores del Trópico, o eran asesinados en el ardor mismo de sus intentos.”

“Tenía los pies de barro: era la clase intelectual directora, envenenada con las ponzoñas de un positivismo materialista, marcada con el laicismo en el pensamiento y en la vida, que es el cúmulo de todos los errores y ha sido el germen de todos nuestros males. Halagada por el Magnate, lo aplaudía siempre; condecorada con ficticios honores lo victoreaba; contenta con el mendrugo y con la gloriola, cerraba los ojos a la realidad que acumulaba ya tormentas en el horizonte social.”

Aquella grandeza humana fundada en la arcilla —nos advierte el panegirista del prelado—, “no podía seducir al alma de un Pastor que había palpado la miseria, en cubierta bajo los resplandores del oro”.

Había dos medios —agrega— para quitar de los ojos la obsesión de la monstruosa estatua. “Uno era el de violencia: ¡fue el que vino al fin!” El otro era el de remediar, a tiempo y con decisión, las miserias de las clases trabajadoras este fue el que intentó y propuso al dictador el sabio generoso prelado. Cumplió éste con su misión al proponerlo e intentarlo; pero el dictador engreído en sus triunfos, no supo responder al llamado: se negó a las reformas y la revolución sobrevino, porque ante la pertinaz denegación de justicia, era aquella ineludible e inevitable.

Lo reconoce así con rectitud y honradez el canónigo Garibay. Sus palabras son éstas: “LA DESGRACIA DE MEXICO NO HA SIDO EL HECHO DE UNA REVOLUCION QUE ERA NECESARIA”. El mal estuvo en que la revolución fuera dirigida por hombres a quienes la pasión gobernaba y a quienes el afán destructivo conducía más allá de los linderos de los justo, con mengua de los valores del espíritu y de los principios morales. Pero el hecho básico queda en pie, y si lo confirma el autor en la pieza oratoria que extractamos: LA REVOLUCION ERA NECESARIA, se imponía como algo que solo la justicia, realizada a tiempo, hubiera podido evitar.

Cierto —digo yo por mi parte— que la revolución, una vez desencadenada, una vez exacerbada por la más torpe e inhumana de las resistencias (diganlo si no el asesinato de Madero y el Cuartelazo), tenía que producir atentados y excesos. Pero, ¿qué revolución no los ha engendrado?

Desde las guerras civiles de la antigüedad clásica, desde las sangrientas conmociones que en Grecia y en Roma provocaron las rivalidades entre ricos y pobres, entre patricios y plebeyos, desde las matanzas y hecatombes de la época de Mario y de Sila, para poner sólo un ejemplo, hasta las rebeliones de campesinos surgidas en Alemania a raíz de la Reforma; y desde las famosas “JACQUERIES” que llenaron de luto y desolación el suelo francés, hasta las jornadas pavorosas y escalofrantes de la gran revolución del 89 y de su lógica consecuencia, el imperio de la guillotina y del terror; nunca en la historia los sacudimientos sociales han dejado de significarse por los más grandes y lastimosos excesos.

Después de siglos de esclavitud y de opresión se explican las represalias, y a nadie puede sorprender que las pasiones de los secularmente oprimidos se desborden en actos crueles, de incontenible ferocidad.

Las revoluciones —decía Bulnes, otro gran orador— se caracterizan y se marcan por la suspensión temporal de todas las leyes jurídicas y morales.

Por supuesto que sería preferible que esto no sucediese. Sería en todos sentidos mejor que una sana política de reforma social y de reparación de lo injusto, impidiese, con oportuna sabiduría, el brutal estallido de la violencia.

Esto es lo que quiso hacer, con espíritu de auténtico cristiano, el señor arzobispo Mora y del Río, según con acopio de hechos se encarga de definirlo y comprobarlo el señor Garibay.

Justo tributo es ése que hay que ofrecer a la honda previsión y a la evangélica rectitud del ilustre prelado. Organizó él, no uno sino varios congresos, para discutir temas agrícolas y agrarios. De la importancia y trascendencia de aquéllos dan fe, entre otras, las iniciativas de reforma social que en el congreso agrícola de Tulancingo se propusieron y aprobaron desde 1904, como si se previera y quisiese atajar la revolución de 1910. Aumento de salarios, mejora en la salubridad de las fincas, lucha contra la mortalidad infantil, hoja de servicios para graduar al campesino en sus tendencias a mejorar institución de centros de ahorros, cajas de mutualidad de auxilios, tiendas organizadas sobre el tipo de las cooperativas de consumo, escuelas regionales rurales para la formación en breve tiempo de jóvenes maestros que se dedicasen a enseñar prácticamente, en haciendas y rancharías, la horticultura, la piscicultura, la ganadería y los trabajos agrícolas con métodos y artefactos modernos; todo esto formó la base de las ponencias y resoluciones aprobadas en ése y otros congresos, organizados todos, por iniciativa y bajo la dirección del diligente arzobispo Mora y del Río.

Fundado es, por lo mismo, en todos conceptos el homenaje que a su memoria rinde el señor canónigo Garibay, en meritorio esfuerzo para hacer triunfar sobre todas las cosas el prestigio de la verdad histórica.

## LA MORAL ANTE TODO<sup>95</sup>

Se ha dicho mucho, pero hay que repetirlo; la revolución mexicana no se hizo sólo, en lo político, para obtener el libre sufragio y la efectividad de los derechos ciudadanos; se hizo también y, sobre todo, para conseguir e implantar la moralidad administrativa, sin la cual todas las demás conquistas y aspiraciones se vuelven ilusorias.

Este noble anhelo hacia la depuración de nuestra vida pública, es algo esencial dentro del contenido ideológico y espiritual de la Revolución. Constituye su aspecto más íntimo, su significación más honda.

Sin moral todo lo demás se esteriliza y se desploma.

¿De qué sirven los más bellos planes financieros, los más brillantes programas de mejoramiento económico, las más seductoras ofertas de progreso y de recuperación, si no se dispone del personal moralmente idóneo para llevarlos a buen término, si faltan los ejecutores, la rectitud y la honestidad, la consagración al bien público y la pureza de propósitos?

Esto que con diáfana lucidez percibieron los hombres que en 1910 y en 1914 aspiraban a construir un México mejor, lo han comprendido con igual claridad todos los pensadores que han sabido profundizar en el problema de las relaciones entre la política y la moral.

Hace casi un siglo, un concienzudo filósofo, Paul Janet, adivinando las desastrosas consecuencias que para la humanidad había de traer la absurda y patológica desvinculación entre esas dos formas de la actividad humana, se creyó obligado a escribir un tratado completo sobre las relaciones entre la política y la moral. Estudia con minuciosidad cuantas doctrinas se han venido sucediendo, con relación a este tópico, desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, y al referirse a Maquiavelo y a la audacia con que éste pretendió despojar a la política de todo contenido ético, no disimula su alarma y se extiende en una amplia y vigorosa refutación.

95 *El Universal*, 8 de septiembre de 1948.

Comienza por afirmar que la política supone la moral, práctica y teóricamente. Lo primero, porque “sin buenas costumbres y sin virtud, el Estado es imposible y perece infaliblemente”. Lo segundo, porque la filosofía moral es la única que nos puede hacer conocer la verdadera finalidad de la filosofía política.

Claro que el Estado —agrega— no ha sido instituido precisamente para hacer reinar la virtud, ya que son otras instituciones las que toman sobre sí esa magna tarea. Pero no es menos cierto que sin virtud zozobran los Estados.

“Suprimid por un instante la buena fe, el valor, la equidad, el amor patrio, y veréis lo que llegará a ser un Estado privado de toda esa fuerza moral. En los magistrados nada puede igualar a su integridad, al amor a su profesión, al celo del bien público. ¿Crearías inspectores para vigilarlos? Esos mismos inspectores tendrían necesidad de ser virtuosos para no convertirse en cómplices de los vigilados. Conceden a un solo hombre el poder soberano, y ese privilegiado necesitará una virtud sin límites para suplir todas las virtudes de que carezcan los demás.”

Y, sin embargo, tal parece que en nuestros tiempos hay el propósito de relegar la virtud a un plan secundario. “Ahora no se oye hablar más que de leyes económicas, sociales, políticas, y son contados los que se cuidan de recordar esta vieja máxima: “la virtud salva los Estados y la corrupción los pierde”.”

Si esto sucedía ya a mediados de la pasada centuria, ¿qué podremos decir de la época presente, corroída hasta la médula por la obsesión económica, por el ansia de dinero, por el culto al placer, por el materialismo más crudo, en la teoría y en la práctica?

Para muchos de nuestros contemporáneos, influidos por la tesis malsana del materialismo histórico o del estatismo neopagano, el Estado sólo tiene una norma: realizar cuanto conduzca al acrecentamiento de su poder, sin que deba preocuparse por los derechos que haya que aplastar, por los tratados o compromisos que haya que barrer, o por la ajenas prerrogativas o soberanías que la estorben. Lo único importante para el Estado consiste en atender de modo ilimitado al desarrollo de su poder, así en las relaciones internas, abarcándolo todo, desde la economía hasta la influencia espiritual, como en el dominio externo que hay que hacer valer sobre la mayor suma posible de naciones tuteladas y de territorios sujetos al propio control.

Es así como el divorcio que empezó a establecerse entre la política y la moral, ha llegado a invadir también el campo del derecho.

Este último deber declara, según hoy se piensa, su autonomía y su independencia absoluta con relación a la ética y a las demás disciplinas. Actos que la moral repudia, son para algunos juristas indiferentes y hay que dejarlos pasar de largo, sin castigo ni sanción. En esta categoría de actos que no deben ser objeto de sanción penal, colocan algunos el aborto, el adulterio y qué se yo cuántas cosas más...

Contra esa perniciosa doctrina de la disgregación del acto humano y de la ruptura de su unidad íntimamente comprensiva y armónica, se pronuncia, indignado, nuestro inteligente amigo Chávez Hayhoe, quien en interesantísimo artículo publicado hace poco por EL UNIVERSAL, no vacila en señalar como uno de los orígenes de la devastadora crisis contemporánea, esa tendencia a mutilar al hombre, despojándolo de sus atributos esenciales para sólo conferir valor a cualidades y esfuerzos que en todos sentidos son secundarios.

“Parece que tenemos el intento deliberado de revertirnos contra nosotros mismos: los intereses económicos antagonizan crudamente con los morales; ansiamos la libertad, y cuanto hacemos la reduce, esclavizándonos a nuestras propias obras, que presuntuosamente creímos nos salvaría de la miseria. La moneda, la máquina, los regímenes políticos y tantas otras cosas, no son en la civilización moderna, sino grilletes que nos atan... La ciencia, único aspecto del actual progreso, se vuelve como airada contra nosotros y nos pone en las manos medios inicuos de destrucción, haciendo aún más ostensible la desarticulación del acto humano en sus diversas expresiones del derecho, la moral y la economía, disipando los sueños de nuestros abuelos, que creyeron que la ciencia sería la liberación humana.”

Ante ese espectáculo de la mutilación de la conciencia y del cercenamiento de los móviles más altos de la conducta humana, debemos reaccionar los que por nuestra edad o nuestra experiencia nos damos cuenta del peligro.

Sin importarnos las críticas de los unos, la sonrisa o la indiferencia de los otros, debemos a toda hora insistir en que hay que devolver su unidad a la concepción de las actividades humanas, no dividiéndolas en exclusivamente políticas, secamente económicas o fríamente jurídicas, sino impregnándolas a todas de un contenido moral y plenamente humano.

O dicho de otro modo, debemos insistir sin cansancio en la necesidad de humanizar el derecho, la política, la economía y las ciencias todas, para que en lugar de atomizarse o esterilizarse en frías e incompletas especializaciones, concurren todas, en un esfuerzo de conjunto, a realizar plenamente la liberación del hombre y la regeneración de la humanidad, presa

hoy de la codicia, de la envidia, de la concupiscencia y de esa sed de dominación y de placer, de expansión y de libertinaje, que no reconoce valladar ni límite.

Hay que volver, en una palabra, por los fueros de la moral, estúpida-mente desterrada de múltiples esferas de la actividad, privada y pública, nacional e internacional.

## ¿ESPIRITU O MATERIA?<sup>96</sup>

La historia —decía Cicerón— es el testigo de los tiempos, la antorcha de la verdad, la vida de la memoria, el maestro de la vida, el mensajero de la antigüedad.

La historia —completaba magníficamente Cervantes Saavedra— es la advertencia de lo que está por venir.

Nada enseña tanto en materia social como la experiencia de los siglos.

Y advierten a la humanidad que cuantas veces se trastorna el orden natural de las cosas, cuantas veces se insiste en subordinar las exigencias de la moral y del espíritu a los torpes apetitos e intereses materiales, el derrumbe no tarda en producirse.

Con sólo aludir a los lejanos tiempos de Babilonia y Ninive, o a los remotos de la antigua Grecia y de la Roma clásica, bastaría para sentar el principio de que las civilizaciones se hunden en cuanto se apartan del respeto y de la sumisión a los preceptos normativos del orden moral.

Si para no extendernos demasiado, preferimos limitarnos a lo más reciente, a fin de empezar nuestro análisis en la época de la revolución francesa, a partir de la cual entraron los pueblos en ese período de ebullición y de efervescencia que en nuestros días ha ido acentuándose, percibiremos desde luego algunos hechos reveladores.

Comienza dicha Revolución por ofrecer libertad, igualdad, fraternidad; justicia para todos, supresión de privilegios, elevación del nivel de las masas, bienestar y emancipación para las mayorías.

¿Y qué produjo, de hecho, la Gran Revolución? En los primeros años, la supresión, dolorosamente real, de toda libertad y de todo derecho humano, bajo el régimen del Terror. Después, el absolutismo napoleónico, que si bien liquidó para siempre el sistema feudal y el predominio de la nobleza, abrió, en cambio, las puertas a la imposición de la burguesía,

<sup>96</sup> *El Universal*, 30 de marzo de 1949.



nueva casta de opresores, que definitivamente triunfó bajo Luis Felipe, “el rey de los burgueses”, según gráficamente se le bautizó.

Sobrevino ciertamente una momentánea rebeldía de los proletarios en 1848; pero sofocada ella prontamente y desprestigiada por sus desórdenes, dio origen a la reacción vigorosa de los intereses creados que llevó al poder a Napoleón III, el implantador del Imperio Liberal, así llamado por la satisfacción que dio a ciertas tendencias progresistas.

Pero en el fondo, ello significó la consolidación de la burguesía y el afianzamiento de los intereses capitalistas, creados y fortificados por el incesante progreso de la industria.

Al llegar aquí es conveniente hacer un alto para oír a los pensadores de la época.

¿Qué opinaron ellos de ese desvirtuamiento de los principios y tendencias primitivas de la gran Revolución?

El desarrollo formidable de la industria y del régimen capitalista, que es su resultante, han impuesto sus leyes —afirman esos escritores— a la omnipotente revolución francesa, han desvirtuado sus principios y han dado a los acontecimientos una dirección bien distinta de la que ella previó. Al hacer crecer el desarrollo industrial la riqueza, en forma desmesurada, y al ofrecer a todos la tentación y la facilidad de adquirirla por medio de audaces golpes de especulación o de atrevidas y no siempre impecables empresas, ha dado impulso con eso mismo a la preponderancia de los intereses materiales y al afán de poseerlos, sobre cualquiera consideración o escrúpulo de orden moral.

Un principio demasiado predominante —escribía Montegut en 1855— engendra resultados monstruosos y ello es mucho más grave cuando lo que en esa forma exorbitante prevalece, no es un principio moral sino la obsesión de la riqueza y de los triunfos y goces materiales.

“Nada es entonces estimado en su justo valor. Lo que es absoluto es tratado como cosa relativa, lo que es principal se vuelve secundario. La jerarquía moral es invertida (al darse preponderancia a las cosas de la materia sobre las del espíritu), y cuando las sociedades han sido bastante imprudentes para dejar que se pierda el equilibrio moral entre los diversos principios que representan la verdad, llegan a la postre a ser duramente castigadas.”

La corrupción de las costumbres públicas y privadas, la inmoralidad administrativa, el descontento y el malestar crecientes entre las multitudes que ven encaramarse encima de ellas a los aventureros y a los traficantes, son las consecuencias de semejante estado de cosas. Nada detiene a los

especuladores; la industrialización excesiva y los turbios negocios que a su sombra se realizan, crean el fantástico y vertiginoso enriquecimiento de unos pocos; lo que a su vez provoca escándalos y protestas.

La moralidad pública se desquicia; los gobernantes, arrastrados por el ejemplo y seducidos por la tentación, se vuelven cómplices y aliados de quienes así amontonan riquezas, y de complicación en complicación se llega a las más peligrosas crisis morales, engendradoras de peligros y de trastornos.

Los agitadores de las masas encuentra en ello su oportunidad y las más absurdas ideologías brotan y se afirman.

Lo que de este modo entreveían los pensadores de la pasada centuria, se ha realizado de modo cabal en la presente, y así es como hoy nos encontramos, por no haber refrenado a tiempo las ansias de especulación y los apetitos de lucro, frente a frente de la más grave y espectacular crisis de todos los tiempos. Y ello por culpa del abandono y del aplastamiento de los valores del espíritu.

Cuando las almas están enfermas, sacudidas por la tempestad de las bajas pasiones, nada puede quedar en pie, nada puede permanecer estable.

Sembrar vientos es preparar tempestades. Suscitar odios, despertar indignaciones, discordias y envidias, crear un ambiente de malestar en las masas, en las multitudes, en las mayorías soliviantadas por el espectáculo del contraste, difícilmente soportable, entre los que todo lo absorben y los que nada o bien poco poseen, si no es hambre o miseria: es cosa expuesta y de todo punto arriesgada.

Por eso el remedio está en retornar a los principios de rectitud, de equidad y de justicia, en poner freno a la audacia de los especuladores, en restablecer el equilibrio económico y moral, trastornado o deshecho.

Si no se hace así, se dejan la iniciativa y la solución a los agitadores. Ellos, los apóstoles del odio, los preconizadores de la venganza, los que invitan a la matanza y al despojo, los que fijan como remedio la revolución social que eche por tierra el orden establecido, serán los que saquen las ventajas.

De allí que contra esa agitación que como un océano crece y se agiganta, sólo dos diques pueden concebirse: las reformas sociales juiciosas y oportunas, las medidas gubernativas justicieras y sabias, desde luego, y junto con ellas la organización y la inmediata preparación a la defensa, de las naciones representativas de la poca cultura moral que queda, contra las que tratan de ahogar en sangre y bajo escombros esa cultura que los siglos nos trajeron.

Pero para ello hay que ir hasta las raíces del mal, hay que reformar las conciencias y purificar las almas; hay que dar a la moral y al espíritu la jerarquía que les corresponde sobre los apetitos y las exigencias de lo simplemente corporal y físico. Hay que apelar a la fuerza todopoderosa de la religión, hondamente sentida y fielmente practicada.

“¿Qué es lo que en este país se presenta como más enfermizo e inestable?”

—Preguntaba hace un siglo Montalembert, el filósofo, a Guizot, el gobernante. Y se contestaba: “Vos lo habéis proclamado con mayor elocuencia que otro alguno: es el estado de las almas. Ellas son las que tienen necesidad de que se les predique la abnegación, el desinterés, la pureza; es la educación moral de este país, la que hace falta rehacer, modificar profundamente. ¿Y cómo procederéis para ello? Es una banalidad el decíroslo. No podréis vos emprenderlo seriamente si no por esta fuerte disciplina de las almas y de las conciencias que sólo la religión puede dar... ¿Y qué habéis hecho para conseguirlo, para dar impulso a la verdadera y completa libertad religiosa? Nada en verdad...”

Apliquemos a México esta lección que mucha falta hace.

## HOMBRES DE AYER<sup>97</sup>

Como todo lo de cerca o lejos nos atañe, nuestra historia está hecha de contradicciones múltiples y de hirientes contrastes.

Al lado de un Cuauhtémoc, de entereza y denuedo jamás superados, un Moctezuma medroso e indigno. Junto a un Iturbide turbio y taimado, un Morelos todo heroicidad y un Guerrero que se destaca por lo rectilíneo de su carácter y la noble integridad de su conducta.

Abunda en nuestra historia lo trágico, lo sombrío, lo espeluznante; pero hay también floración de hechos grandiosos, de heroicidades supremas, de hazañas que subyugan.

No faltan, ciertamente, los falsos apóstoles, los mentidos redentores, los déspotas abominables; pero junto a ellos y abrumándolos con su grandeza, se yerguen nobles y altas figuras de patriotas auténticos, de grandes y severos patricios, próceres que se imponen por su austeridad, de héroes que todo lo sacrifican al bien común.

No todo es negrura y sombra en nuestros anales. No todo es hipocresía e impureza. No todo ha sido lucro e infamia.

Luchadores ha habido que han despreciado el halago y el soborno, héroes que sólo han sabido de sacrificios y de privaciones, gobernantes modelos de probidad, que habiendo manejado tesoros, han salido del poder con las manos limpias de corrupción.

Y en esta época en que el mercantilismo y la sed de oro todo lo manchan, hay que insistir, más que nunca, en la presentación de esos dechados de honestidad y de pureza que honran nuestra historia y levantan el prestigio de la raza.

A la juventud hay que torificarla con esos ejemplos, para que sepan resistir al vendaval de pasiones tumultuosas e impuros apetitos que sopla en torno suyo y que amenaza destruir los más robustos caracteres.

<sup>97</sup> *El Universal*, 6 de julio de 1949.

Porque, más que en otras épocas ocurre en la nuestra, que está de moda sacar a la publicidad los hechos macabros y las actuaciones delictuosas, y en cambio se hace el silencio en torno de la virtud callada y del sacrificio despojado de teatralidad.

Si contrariando esta tendencia unilateral y pesimista, fijamos nuestros ojos en lo que el pasado tiene de claro y de limpio, descubriremos situaciones y actitudes, hechos y formas de proceder que confortan el ánimo.

En estos últimos días, hojeando al efecto las páginas de nuestra Historia, hice el hallazgo de un precioso resumen o condensación de datos acerca del modo como se condujeron a su paso por el poder algunos de nuestros más connotados hombres públicos.

Quien habla es el historiador con Manuel Payno, el cual, después de loar en justicia al primer Presidente de la República, don Guadalupe Victoria, cuya vida se caracterizó por su sencillez y austeridad, hace una rápida reseña con relación a los hombres que en el poder le sucedieron, a los que dedica este merecido comentario:

“Después de Victoria, los Presidentes de la República, cualesquiera que hayan sido su conducta y opiniones políticas, continuaron viviendo en una especie de simplicidad y pobreza republicanas a que se acostumbró el pueblo. El sueldo señalado al Primer Magistrado de la República ha sido de 36,000 pesos cada año, o 3,000 cada mes, y de esta suma han pagado su servidumbre privada y sus gastos y necesidades personales... Un par de coches y dos o tres trancos de caballos, propiedad del Estado, y una mesa modesta a la que han concurrido los ministros y uno que otro amigo íntimo, es el mayor lujo que se han permitido los gobernantes oficialmente... Para honra de México se puede asegurar que la mayor parte de los presidentes se han retirado del puesto, sobre unos, y otros en la miseria.”

Así puede afirmarse de casi todos los presidentes, con excepción de Santa Anna, que se rodeó de un séquito de parásitos y cortesanos, sostenido con mengua de erario público.

A los demás les hace Payno cumplida justicia y su testimonio es de valía por tratarse de un contemporáneo veraz y recto.

“Victoria murió, puede decirse, en la miseria, y una hacienda, “El Jobo”, que pasaba por suya, no lo era en efecto.

”Guerrero, no dejó sino unos cuantos pedazos de tierra, sin valor, en el Estado que lleva su nombre, y sus rietos viven hoy del fruto de su trabajo.

”Bustamante, hombre sin familia, morigerado y económico, apenas tuvo con qué subsistir durante su destierro en Europa.

“El general Miguel Barragán murió en una pobreza tal, que su hijo tuvo, poco después del fallecimiento de su padre, que buscar su honrosa subsistencia estableciendo un expendio de tabacos.

“Don Valentín Canalizo no dejó a su muerte ni la más insignificante cantidad para que se pudieran educar sus hijos que estaban en los colegios.

“Don Valentín Gómez Farías, al siguiente día que dejaba el gobierno tenía que recurrir a la generosidad de sus amigos; y todos sus bienes consistían en una casa de poco valor en el pueblo de Mixcoac, la que encierra los restos de tan honrado y buen patriota.

“Al general don José Joaquín de Herrera, cuando estaba moribundo en una pequeña casa del rumbo de San Cosme, fue necesario que de la Tesorería General se le enviaran 200 pesos, en cuenta de sus sueldos, como militar antiguo, para las últimas medicinas y gastos de su entierro.

“Artista, cuya reputación y probidad se atacaron de la manera más injusta y acerba, murió en el extranjero favorecido por la amistad de don Manuel Escandón, y cuando se liquidó su testamentaria, no alcanzaron sus bienes para pagar a sus acreedores.

“Don Ignacio Comonfort, apenas dejó a sus hijas un mezquino patrimonio, fruto de sus economías y restos de insignificantes propiedades que tenía antes de figurar en política.”

De don Benito Juárez dice Payno que no tenía otro ingreso que su sueldo, del cual se le adeudaba una gran parte.

En esta época de la Reforma es cuando la corrupción empieza a hacer sus estragos, pues hubo numerosos hombres públicos que admitieron grandes fortunas a la sombra de las leyes de Desamortización y Nacionalización.

La inmoralidad administrativa se acentúa más bajo el régimen porfirista. Se consumaron entonces los más turbios negocios en materia de colonización y de terrenos baldíos, se especuló en grande con la influencia oficial, se enriquecieron en forma escandalosa algunos ministros, muchos gobernadores y jefes políticos, y de los bufetes de los llamados “científicos” salieron monopolios, granjerías y concesiones con gran perjuicio de la colectividad.

Vino la Revolución y con ella el ansia de botín y el desmesurado afán de improvisar fantásticas fortunas. La facilidad de encumbrarse, la complicidad entre los componentes de las camarillas y la certeza de poder eludir la acción de la ley para hacer de grandes caudales sin el menor peligro, han dado origen a una era de pavoroso desenfreno que del modo más penoso contrasta con la austeridad y la espartana sencillez de las costumbres y de los hombres que se fueron.

## VALLARTA Y LA GENERACION REVISIONISTA<sup>98</sup>

Generación revisionista he llamado a la que en la actualidad se está formando, y es ella, en efecto, la que al estudiar los hechos y los hombres del pasado, procura descubrir lo que hay allí de aciertos o de errores, de titubeos, de atisbos de verdad o de alucinaciones engañosas.

Muy clara se nota esta tendencia en el análisis que del medio social e histórico dentro del cual se desarrolló la personalidad de Vallarta, ha hecho el joven abogado Moisés González Navarro, que de más a más es miembro activo de la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas.

González Navarro se muestra acucioso y sutil. No hay faceta de la vida pública de Vallarta que no examine con penetrante interés.

Llama su atención el discurso que en 1855, a raíz de haber triunfado la Revolución de Ayutla, pronunció aquel destacado jurista, entonces político e inflamado de pasión para subrayar, entre otras cosas, “la absurda división de la propiedad territorial”, que en México siempre había existido, y en virtud de la cual “mientras una persona, una clase o una corporación posee inmensos terrenos, la mayor parte de los mexicanos carece de un palmo de tierra”. Agregó Vallarta que el remedio de ese mal se encontraba en el liberalismo económico, que creía injusta esa división de la propiedad territorial.

Un año después, en 1856, Vallarta cambia de opinión. Le parece peligrosísimo afectar en lo mínimo el régimen o la estructuración de la propiedad, toda vez que “en materia tan delicada se corre el riesgo, aun sin quererlo, de herir de muerte a la propiedad, y la sociedad que atenta contra ésta se suicida” (discurso de 9 de agosto de 1856 ante el Constituyente, citado en mi artículo anterior).

“Respeto mucho el edificio social —agregó— para aventurar una tentativa de reedificación que puede ser desprender una piedra que cause la muerte de muchas generaciones”.

<sup>98</sup> *El Universal*, 24 de agosto de 1949.

¿A qué se debe este brusco cambio de frente o si se quiere, esa actitud de temerosa indecisión, que no se atreve a aplicar el remedio a un mal cuya magnitud, sin embargo, claramente se percibe?

González Navarro atribuye esto a la influencia decisiva que sobre el ánimo de Vallarta ejercían las doctrinas del liberalismo individualista entonces en boga, y las cuales predicaban un supersticioso y exagerado respeto a los derechos del hombre y sobre todo al de la propiedad, clave y cimiento de la estructuración burguesa u hondamente mercantilista de aquella sociedad.

La Reforma de 57 inauguraba ese nuevo orden de cosas, que bajo el porfirismo había de admitir todo su auge.

Lo liberales del 57, y con mayor razón los “científicos” del régimen porfiriano, representaban el advenimiento al poder de la clase media, ávida de conseguir a toda costa un rápido desarrollo de la industria, del comercio, de las instituciones bancarias y de cuanto contribuyese a alcanzar el progreso material, meta suprema a que aspiraba una sociedad víctima hasta allí de la miseria y de la anarquía.

Asegurar la paz a cualquier precio, sacar partido de las conquistas y de los adelantos de la ciencia para acelerar el desarrollo económico, apoyar a los magnates de la industria y a los señores de la tierra para que acrecentasen sus capitales y con ellos la riqueza aparente del país; tales eran los ideales y los objetivos de la época.

Imperaba el culto a la libertad, convertido en verdadero fanatismo. Todo lo que atacase la libertad de comercio o el derecho sagrado de los propietarios, era un crimen inaudito, era atentar contra el orden, contra la ciencia, contra la civilización.

Es ilustrativa al respecto esta tirada lírica de Vallarta en loor de la libertad de la que era entonces la más interesante para los hombres de su tiempo:

“La libertad de comercio —prorrumpie Vallarta— la considero como la realización completa de la civilización humanitaria del género humano como la verdad encamada de la unidad en la especie humana..., como una esperanza del gran día en que la humanidad será una sola familia compuesta por muchas naciones hermanas.”

Esa libertad de comercio y de industria, preconizaba con tanto vigor por los sostenedores de la economía individualista, no convence en modo alguno a González Navarro como hombre que es de nuestro siglo.

El ataca sin eufemismos ni reticencias “los postulados liberales de fingida neutralidad frente a la cuestión social y de libertad teórica de las partes en



la relación de trabajo”. Califica de teórica y altamente dañina esa supuesta libertad, en virtud de que ella entregó al obrero sin defensa en manos y en los albores del presente abusaron, con el apoyo de la fuerza pública, de la miseria y de la debilidad económica del trabajador.

Esos falsos postulados influyeron, sin duda, para ofuscar la mente de Vallarta, que lúcida y diáfana se muestra en tanto no intervienen los prejuicios que sin contrapeso alguno dominaban en el ambiente.

La explicación que así se da de los titubeos y de las contradicciones de Vallarta, haciéndolas derivar únicamente del influjo ejercido por la ideología a la sazón dominante, encierra parte de la verdad, pero no toda ella. Así se lo hice notar a González Navarro en el examen respectivo, al indicarle que debería haber tomado en cuenta otros factores, a más de los simplemente doctrinados o ideológicos.

Le hice notar la influencia de los hechos contemporáneos, factor del que nunca se debe prescindir.

Entre el final del año de 1855, fecha en que Vallarta se decidía abiertamente por una mejor distribución de la propiedad territorial, y el mes de agosto de 1856, en que varía de criterio, oponiéndose a que se haga la menor innovación “en la delicada materia de la propiedad”; entre esos dos instantes se desarrollaron graves sucesos que sin duda causaron viva impresión a Vallarta.

A fines de 1855 se inició en el Estado de Jalisco, tierra natal de aquél, una serie de levantamientos de la población indígena, que con las armas en la mano exigía la restitución de las tierras que en el curso de tres siglos le habían sido sucesivamente arrebatadas.

A esa rebelión alude Vallarta en un documento poco conocido, que creí necesario dar a conocer al joven sustentante. Me refiero al dictamen que Vallarta, como presidente del Consejo de Gobierno del Estado de Jalisco, presentó el 5 de marzo de 1867 al Gobernador de dicha entidad.

“El Consejo recordará sin duda expresa Vallarta— que cuando la ley de 22 de octubre de 1857 fue expedida la cuestión de terrenos de indígenas se había agravado de una manera alarmante: ya entonces se asomaba en el horizonte la guerra de castas. El gobernado Camarena creyó conjurar ese mal adoptando esa y más medidas, tan excepcionales como las circunstancias que reflejan (entre esas medidas figuraban la creación de un juzgado especial de indígenas, destinado a resolver sumariamente los conflictos sobre tierras comunales).

Obsesionado Vallarta por el temor a la guerra de castas (como entonces se llamaba a las rebeliones de índole agraria), se negó a reconocer la necesidad de establecer esa jurisdicción especial para impartir justicia, en forma rápida,

cuantas veces se tratase de una reivindicación de las tierras pertenecientes a los pueblos de indios, y con singular ceguera declaró que no era conveniente ni legal restablecer un juzgado especial de indígenas.”

Incurrió así en la obcecación de los gobernantes anteriores y posteriores a él que, al negarse a abrir a los indígenas despojados la puerta amplísima de las reivindicaciones legales, amontonaban sin saberlo materiales explosivos que, andando el tiempo, habían de provocar el formidable levantamiento campesino de 1910 a 1920.

En ese temor enfermizo provocado por sucesos mal comprendidos, hay que buscar el porqué de la indecisión y de la extraña incongruencia del ilustre jurista, que perdía su lucidez apenas vislumbraba la posibilidad de desórdenes o violencias, imposibles de evitar cuando se trata de suprimir las grandes injusticias sociales.

## UNA INSTITUCION DESDEÑADA<sup>99</sup>

En espera de los variados acontecimientos que de seguro nos ofrecerá el ya próximo mes de septiembre, me dedicaré, en obligado paréntesis, a glosar otra de las producciones juveniles que en estos días han llamado poderosamente mi atención. Ella es la tesis que con relación a su examen de abogado presentó el joven don Pedro Vega Hernández.

Al patrimonio familiar —institución indebidamente olvidada o desdeñada— dedica él su tesis, la cual fundamenta en una amplia exposición histórica relativa a otras épocas y otros países que a la inversa del nuestro se han preocupado en verdad, y se han esforzado, por dar a esa institución todo el desarrollo que merece.

De la más notoria actualidad es el patrimonio de familia, si consideramos la necesidad, que hoy más que nunca apremia, de fortalecer las instituciones hogareñas dándoles una sólida base de sustentación.

Esa cimentación la proporciona en lo económico, del modo más eficaz, el régimen del patrimonio de la familia, concebido ex profeso para proteger a aquella contra las crisis y los cambios de fortuna que en nuestros tiempos se producen con tanta frecuencia.

Así lo demuestra el joven abogado Vega Hernández, quien explica que el patrimonio de familia, por su carácter de inalienable e inembargable, “pone al hogar a salvo de los rigores que en forma constante significan un grave peligro para la familia, ya sea como consecuencia de la imprevisión o prodigalidad del jefe de la misma, o ya sea por causa de las despiadadas exigencias de los acreedores”.

Esto no se evitará en tanto se conceda al jefe de familia la ilimitada libertad de enajenar la casa que a él y a los suyos sirve de habitación, o la parcela o la granja que aseguran su sustento.

En cambio, una vez sujetas la casa, la granja o la parcela al régimen del patrimonio familiar, tal como lo estatuye la Constitución vigente, o sea con

<sup>99</sup> *El Universal*, 31 de agosto de 1949.

el carácter de no vendible ni embargable; queda, con eso solo, la familia automáticamente garantizada, lo mismo contra la imprevisión del padre o jefe de ella, que contra el zarpazo de los acreedores.

De este modo se evita lo que es tan común entre nosotros, o sea que por los vicios o los despilfarros del cabeza de familia, sean derrochados los bienes de ésta, sea hipotecada, vendida o embargada la casa habitación o la granja protectora, y al perderse estos bienes preciosos e insustituibles, sobrevenga para la familia “la bancarrota moral y material”, según las expresiones del joven sustentante.

A cude éste a la experiencia de los Estados Unidos y de otras naciones, en donde el patrimonio de familia (o “homestead”) se ha constituido en gran escala con los más benéficos resultados. Han sido éstos en el vecino país profundamente satisfactorios —nos explica Vega Hernández—, ya que en treinta años de práctica aplicación del sistema, el gobierno federal norteamericano ha dotado con ese patrimonio o “homestead” a un millón de familias que en total explotan, de modo efectivo y fecundo, una extensión mayor que el área total de nuestro vastísimo Estado de Chihuahua.

Con ese régimen se consigue vigorizar la familia económica y moralmente y preservarla de crisis y verdaderas catástrofes que no se hacen esperar cuando los hijos, la viuda o los huérfanos crecen o viven en el desamparo y expuestos, por falta de recursos, a las más peligrosas vicisitudes, engendradoras de moral desquiciamiento.

Y como además, el patrimonio de familia se constituye como indivisible en todos los casos, aun en el del fallecimiento de su fundador, se consigue este otro resultado inapreciable: “Se impide que la propiedad del fundo hogareño se desintegre por medio de la división hereditaria”:

“¿Qué puede quedar —se pregunta Vega Hernández—, qué puede quedar de una propiedad que siendo escasa se divide entre tantos familiares? En cambio, si no se divide, se logra mucho, pues todos cooperan con su trabajo en la lucha constante por la prosperidad.”

Desgraciadamente —digo por mi parte—, el Código Civil del Distrito se ha quedado corto al reglamentar el precepto constitucional relativo.

Conforme al artículo 723 de dicho Código, el patrimonio de familia sólo comprende la casa habitación de la familia, “y EN ALGUNOS CASOS UNA PARCELA CULTIVABLE”.

¡Cuánto mejor que este sistema, incompleto o mutilado, es el establecido en otros países, en donde el régimen del patrimonio familiar se aplica no sólo a la casa habitación, sino también a la huerta o la pequeña granja con

cuyos productos pueda y deba cada familia proveer a su alimentación a ayudarse para sus gastos.

Sobre este punto insistí en el examen del joven Vega Hernández y quiero ahora volver a hacerlo, aunque sea de paso.

Es lástima que nuestros juristas, nuestros legisladores y nuestros filántropos y hombres de acción no se fijen como es debido en los incalculables beneficios de nuestro pueblo trabajador (me refiero esta vez a los obreros y a los empleados) reportaría con la creación de las granjas o huertos suburbanos que en otras naciones se han establecido y se desarrollan con tanto éxito.

En Francia y en Bélgica sobre todo, los huertos obreros han producido los más favorables y fructíferos resultados, no sólo en lo familiar y en lo económico, sino también desde el punto de vista social, ya que la experiencia ha demostrado que allí donde el obrero dispone, a más de su salario, de una huerta o granja a cuya explotación dedica sus horas libres, se logra ser menos frecuentes las huelgas, y en cuanto a los paros o falta colectiva o individual de trabajo, se realizan en forma tolerable para el operario, que acude entonces al recurso salvador de la huerta o de la granja, con cuyos productos hace frente a la crisis derivada del paso o de la cesantía.

Esto requiere una salvedad: que en Francia y en Bélgica esa institución ha sido creada y fomentada por la libre y fecunda acción de los particulares o de generosas asociaciones, y no por efecto de la siempre pesada, costosa y contraproducente acción estatal o burocrática.

A este punto trascendentalísimo de los huertos obreros o granjas suburbanas dedicaré mi próximo artículo, con permiso de la paciencia de mis lectores, que, sin embargo, creo no se sentirán defraudados.

## ALMA TORTURADA<sup>100</sup>

El destino de cada hombre es un enigma —exclamaba Napoleón—. Y en efecto, hay trayectorias humanas limpias, tranquilas, rebosantes de goces y placeres; y en cambio hay otras, surcadas por el dolor, marcadas con el signo de la tragedia. Hombres que, bien a bien, sepamos por qué. Almas otras, predestinadas al sufrimiento, a la derrota, a la expiación, sin que tampoco alcancemos a hallar el porqué... Secretos indescifrables para el hombre, cuya solución, o explicación, el Eterno se reserva para sí.

A la categoría de las almas torturadas perteneció la del destacado luchador y político cuya azarosa existencia nos hemos propuesto analizar.

Fue siempre don Ponciano Arriaga hombre perseguido por la fatalidad. Secretario de Estado bajo el régimen de Arista, cayó en menos de un mes. Ministro designado por don Juan Álvarez en el efímero gobierno de éste, su gestión tuvo que limitarse al espacio de unos cuantos días. Jamás conoció el triunfo, ni la tranquilidad, ni el sosiego.

Después de su etapa luminosa del 56 al 57, la figura del señor Arriaga se opaca y casi podemos decir que parece eclipsarse. ¿Por qué, en un hombre de tamaños méritos? Tal vez por la rivalidad con el grupo juarista que, celoso de su talento le impidió desde 1856 o 1857 elevarse a la jefatura del partido liberal, para el que otro grupo selecto lo postulaba (dato éste que me proporcionó el señor licenciado Ramírez Arriaga, conocedor de éste y otros incidentes). Pero quizás haya influido más aún, la guerra a muerte que al ilustre potosino declararon los terratenientes y los hombres del privilegio, al partir del instante en que él se atrevió a fulminar contra ellos su formidable voto parlamentario, en que exigía nada menos que el fraccionamiento de los latifundios y el inmediato cultivo de las tierras ociosas. Lo cierto es que la vida de don Ponciano de vio amargada desde entonces, más que nunca, por la incomprensión y la inquina de sus adversarios. A ello alude con dolor acervo en las revelaciones o confidencias

100 *El Universal*, 5 octubre de 1949.

que escribió para sus hijos en lo que él llamo su “TESTAMENTO MORAL” y que, felizmente para los póstreros, ha sido publicado (periódico oficial de San Luis Potosí, del 19 de junio de 1900).

En ese documento desahoga él su corazón dolorido.

“Estoy próximo a los 50 años de mi vida (nació él en noviembre de 1811 y murió en julio de 1865), que ha sido siempre triste y dolorosa... Mi alma estuvo siempre sola en este desierto que se llama el mundo, y ni una vez oí jamás una palabra sincera que calmara plenamente los desconsuelos y las amarguras de mi corazón... Me dio Dios un alma henchida de sentimientos, y yo no encontré nunca quien los conociera ni estimara... Y ¡horrible previsión!, temo que la posteridad no me conozca, como no me han conocido mis coetáneos, y que me interprete y me calumnie como me han interpretado y calumniado los que estuvieron y están cerca de mí.”

Y en medio de su amargura exclama, aguijoneado por el ansia de expansión:

“si no fuera creyente, y creyente íntimo y profundo, si no hubiese también hablado con Dios tantas veces diciéndole mis honda cuitas y pidiéndole alivio en mis entrañables pesadumbres, si mi alma no vislumbrase otra vida en paz, de luz y de descanso, ¿cómo soportaría el formidable peso de los días que me esperan?... Si en la primavera de mis días he andado una senda de punzantes espinas, ¿qué me espera en el glacial invierno de mis años?”

Enseguida a manera de autodefensa, muy legítima sin duda aclara con honradez y precisión:

“no sé si tuve alguna vez en mi corazón la ardiente caridad que nos enseña el Evangelio; por lo menos nunca la apliqué con esa abnegación, con esa prolijidad, con ese tesón individual que ha distinguido a tantos hombres santos, pero amé la política por el amor de la humanidad y del prójimo, y CREI QUE ESE AMOR NO PODIA TENER SU BASE SINO EN EL AMOR DE DIOS.”

Con frase magnífica y luminosamente clara agrega:

—“¿Y a quién se debe amar en el verdadero sentido de la palabra si no a Dios? el amor de la humanidad, el de la familia, el del prójimo si no es puro, si no es desinteresado, si no se refiere a Dios, no es amor; es interés o cariño, afecto, hábito, contemporización, todo lo que se quiera, pero no amor”.

Esta hermosa profesión de fe honra quien la hace, y es por sí sola atenuación de muchas faltas y yerros. Quizá también perdón alcanzado para los mismos.

Diremos aquí, con la grandiosa frese de Morelos: “Señor: si obré bien tú lo sabes, y si mal, me acoyo a tu infinita misericordia.”

Seguramente esta esperanza bullía también en el espíritu de Arriaga.

Lo cierto es que él, al hablará así, está pensando en voz alta, está abriendo sin reservas su corazón.

Vedlo si no en las frases que siguen.

“Amé, pues, a la humanidad, al pueblo, a la familia, en este sentido. Creí que la humanidad debía cambiar en su engrandecimiento y progreso, guiada por el espíritu de Dios, y formé las series de mis ideas políticas sobre la base de la fe... A ún veo en los instintos y las inclinaciones y los sentimientos del pueblo, señales evidentes de esta inspiración constante de Dios, de este soplo que vivifica y rejuvenece a las sociedades.”

Y aquí emerge otra vez la duda, esa duda cruel, esa inquietud lacerante que sigue afligiendo a las generaciones del próximo ayer y del hoy tormentoso. “Pero —se pregunta Arriaga—, o la felicidad social es una quimera irrealizable, o bien, llegando a las sociedades a su felicidad perfecta, ¿qué hay más allá de esa felicidad terrena? El progreso, ¿hasta dónde? La perfectibilidad, ¿hasta qué punto?”

Parece que Arriaga, el fuerte pensador adivina en este punto el porvenir; se antoja que prevé grandes desgracias, tremendos conflictos, lamentables caídas y retrocesos, el retorno, quizás, a esas épocas de barbarie a que quieren conducirnos los teóricos temibles de la lucha de clases, del oído destructor y de la revolución permanente.

Porque, en efecto, Arriaga vislumbra peligros gravísimos y pavorosas complicaciones. Oigamos sus palabras.

“Y cuando vemos a las sociedades desconocer el principio de la fe, no poniendo en su lugar otra cosa que la razón; cuando vemos que el principio racional absoluto, inmutable, indestructible, aún no está conocido por los hombres; CUANDO VEMOS QUE RELIGION, MORAL, VIRTUD, HONOR, BIEN, BELLEZA, JUSTICIA, TODO ESTA A DISCUSION, tiene ya sus antinomias, todo su pro y su contra fundados en la razón, ¿cómo será posible organizar la sociedad en pro y en contra, fundándose en la razón; cómo constituir la autoridad, con razón en pro y razón en contra? ¿sobre qué base, en qué cimiento sólido puede descansar la sociedad, para tener paz, orden y prosperidad?”



Asoma aquí ya el positivismo, la tendencia agnóstica que había de constituir el tormento y el fracaso, a la vez, de la generación congelada por la duda, que habría de suceder a los hombres batalladores del 57; generación representada en el Viejo Mundo por los Spencer y los Comte, y capitaneada, entre nosotros, por Gabino Barreda, Porfirio Parra, Francisco Bulnes, los Macedo y tantos otros.

Pero Arriaga no acepta así como así, la negación de todos los principios y normas a los que ha debido la humanidad su tranquilidad y su progreso. Se alarma, y con razón, de que se haya roto la unidad moral y espiritual del mundo, de que se someta todo al debate de la razón obcecada y sin freno, de que no exista ya “una verdad en cuyo SANCTA SANCTORUM no pueda penetrar la discusión”.

Se queja —y esto parece que está leyendo en el futuro— de que “no hay ya tampoco virtud característica, ni justicia respetada y obedecida”. Pero lo que más lo alarma, lo que le produce suprema inquietud, es que no haya, según él, religión verdadera —frase atrevida con la que es imposible estar de acuerdo—, ya que “todas las teogonías vienen al seno de la sociedad a luchar y a combatir”.

Aquí está la clave, a mi entender, de la angustia y de la infinita desazón espiritual de Arriaga. Poseedor él de un vago deísmo, le falta la única base posible de segura convicción, la única defensa contra el escepticismo que atormenta y la duda que mata; o sea la lisa y llana aceptación de que la pequeñez del hombre no puede abarcarlo todo y que tiene que rendirse ante la verdad revelada.

Por rechazar los hombres, o algunos de ellos, las enseñanzas seguras y firmes como una roca, de la religión revelada, del cristianismo, la única verdadera; por eso el mundo camina hacia su perdición.

El así lo vislumbra y así lo confiesa.

“¿Es decir —exclama en un período que contiene todo su pensamiento—, es decir que las sociedades están condenadas a este perpetuo combate, a esta anarquía eterna, a esta lucha de religiones morales, de virtudes y de justicias que cada uno entiende a su modo y que cada cual interpreta a su gusto y a su paladar? ¿Es decir que la organización racional desconocida (o ignorada hasta hoy) no puede llegar jamás, y que, por lo tanto, es imposible establecer el orden en la sociedad?”

La devastadora anarquía que hoy reina en los espíritus y la amenaza pavorosa de una nueva guerra mundial que acabe con los restos de la civilización y la cultura, dan plenamente la razón al señor Arriaga.

Un mundo sin una religión y una moral aceptadas y reconocidas por todos, un mundo corroído por la negación y la duda, el odio y el rencor, está condenado sin remedio a la catástrofe.